

LEONARDO DA JANDRA

EL JUICIO ORAL
MÁS INJUSTO DE LA HISTORIA



EL JUICIO ORAL MÁS INJUSTO DE LA HISTORIA

LEONARDO DA JANDRA



LA LÁMPARA
DE DIÓGENES

INDICE

INTRODUCCIÓN	5
PRIMERA PARTE	
I. EL CONTEXTO HISTÓRICO	9
II. LOS ACUSADORES	19
III. EL ACUSADO	29
SEGUNDA PARTE	
IV. EL DERECHO ROMANO	73
V. EL DERECHO HEBREO	79
VI. EL JUICIO	87
VII. A MANERA DE CONCLUSIÓN:	103
VIGENCIA DEL JUICIO ORAL	
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	111

INTRODUCCIÓN

Si alguien me hubiera pedido diez años atrás que escribiera un libro como éste, lo habría considerado un loco. Desde entonces sucedieron muchas cosas, y no fue la menor la “expulsión del paraíso” que vivimos en carne propia mi compañera y yo.

La misma mañana de mayo del 2004 en que me disponía a iniciar el libro *La almadraba*, una comitiva infame llegó a entregarme la orden de desalojo. Después de veintisiete años de haber dado lo mejor de nuestras vidas por salvar un trozo de selva prodigiosa (once mil hectáreas de mar y tierra), un burócrata sin alma nos condenaba al exilio.

Ante la jueza exhibimos un título de posesión comunal a mi nombre, expedido cuatro años antes de que FONATUR llegara a Huatulco. Llevamos como testigos a varios de los viejos comuneros fundadores de Santa Cruz, que nos habían medido el terreno, y presentamos fotos, libros, revistas y documentos donde se certificaba paso a paso cómo habíamos fundado el Parque Nacional Huatulco (véase video en Youtube: Da Jandra).

Hasta la fecha no hemos cesado de señalar las inconveniencias del proyecto turístico que motivó nuestra demanda:

construir en pleno corazón del parque un club de golf, justo en el lugar que ahora ocupa uno de los manglares más privilegiados de la costa del Pacífico mexicano; levantar una ostentosa cortina de hoteles en la playa más bella de todas las bahías huatulqueñas, la única donde aún anida la tortuga laúd (declarada en fase de extinción); y construir más de mil villas en los cerros comprendidos entre las playas de Cacaluta y Maguey, donde en la época de secas se refugian cientos de venados y jabalíes.

Por oponernos a este ecocidio “generador de fuentes de empleo y de progreso”, nos inventaron que habíamos invadido el terreno del parque hacía apenas nueve años (porque saben muy bien que a los diez se adquieren derechos) y que por nuestra culpa no habían podido venderlo (sic). Nunca en mi vida había tenido un problema legal, ignoraba la atmósfera pesadillesca de los juzgados y la magnitud de la corrupción que propicia el juicio escrito. Jueces que se atienen exclusivamente a las astucias y perversiones de abogados inmorales que sólo buscan ganar los casos, sin importarles que las artimañas legaloides desplacen vergonzosamente los imperativos éticos y sociales de la justicia. Aprendí de golpe que entre la justicia y la legalidad hay un abismo, y que con el juicio oral ese abismo puede salvarse.

Al perder la primera instancia, entendí a plenitud la peligrosa desesperación a que son condenados millones de mexicanos. Sin dinero para pagar un abogado de colmillo y garra, y sin la menor opción ante un poder corrupto y soberbio, el ciudadano común sólo tiene dos salidas: resignarse al papel de víctima, o sumarse a las voces de inconformidad que ya están hartas de tanta injusticia. Descarto, desde luego, la ley del talión, por considerarla propia de un estado de barbarie anterior al estado de derecho.

Poco después de instalarme en la ciudad de Oaxaca me invitaron maestros de varias facultades de Derecho a hablar sobre mi caso y conocí así las bondades del juicio oral. Al investigar sobre la naturaleza del juicio oral que recién se estaba implementando

en en la República mexicana, llegué al contexto sociohistórico del juicio oral más injusto de la historia: el de Jesucristo. A partir de entonces el tema se fue tornando obsesión, y comprendí enco-rajado que la teocracia parasitaria que había condenado a muerte a Jesús de Nazaret, tenía mucho en común con la burocracia pa-rasitaria que me había condenado a mí: se trata de los mismos defensores del progreso y el orden que consideran enemigos a muerte a aquellos que piensan distinto a ellos.

Escribo este libro como un humilde homenaje a Jesucristo, el hombre más justo que ha existido, y con la esperanza de que el nuevo juicio oral evite que se sigan cometiendo injusticias como la que se cometió conmigo.

Por último, quisiera advertir al lector que este librito no pre-tende ser un estudio académico, sino una exposición amena y crítica del contexto histórico y los personajes que participaron en el juicio oral más injusto del que tengamos registro. He evi-tado, por consiguiente, las distractoras notas de pie de página y las eruditas apostillas que considero un obstáculo para el mayor goce y la mejor comprensión del texto, y he conjuntado al final las referencias bibliográficas que me sirvieron para fundamentar lo aquí escrito.

Sé que muchos no compartirán la crítica radical contra las teocracias parasitarias que subyace a lo largo de este opúsculo. Pero tengo la esperanza de que, como me sucedió a mí al escri-birlo, después de leerlo aprendan a perdonar no sólo a los que piensan distinto sino también, y sobre todo, a aquellos que les convierten la vida en un verdadero *via crucis*. El que sabe perdo-nar es el que más evoluciona, y el que más evoluciona es el que más cerca está de Cristo.

Ciudad de Oaxaca verano del 2008

PRIMERA PARTE

I. EL CONTEXTO HISTÓRICO

Voy a narrar la mayor de todas las infamias: la manera perversa cómo la ignorancia y el dogma se confabularon para sacrificar al hombre más sabio y bondadoso que ha pasado por nuestro atribulado planeta.

Para entender a cabalidad la naturaleza del crimen, ya que no para eximir o atenuar la vileza cometida, ubiquemos el escenario donde tuvo lugar el más grande drama de toda nuestra historia.

En el momento en que Jesús nació el mundo occidental vivía una etapa crucial. Nunca antes, en miles de años de barbarie de colmillo y garra, se habían conjuntado de manera tan precisa y decantada las premisas indispensables para forjar la civilización que iba a señorear el planeta.

Durante los siglos vi y v antes del nacimiento de Cristo, el orbe entero había registrado un despertar religioso y filosófico que no tuvo equivalente antes ni lo tendría después en la era cristiana. Muchos de los credos religiosos aún vigentes y algunas de las más grandes aportaciones filosóficas tienen su origen en esa época, que sin duda debe ser reconocida como excepcional

a lo largo del proceso evolutivo de la humanidad. Gautama en la India, Confucio y Lao-Tse en China, Zoroastro en Persia, Pitágoras, Sócrates y Platón en Grecia..., estamos ante una constelación de hombres piadosos y geniales que asumieron como la máxima aspiración humana la verdad, la belleza y la bondad. Gracias a las enseñanzas de estos líderes visionarios, en el momento en que Josué ben José vino al mundo gran parte de la humanidad atravesaba por un periodo de extraordinaria potenciación filosófica y espiritual.

En el transcurso de los cuatro siglos anteriores al nacimiento de Jesús, la cultura griega se había extendido de manera pujante hacia los confines de Oriente y Occidente. El idioma griego, el primer idioma global, había sido aceptado inteligentemente por los estratos sociales más elevados e influyentes y, junto con la difusión de la filosofía, la incipiente ciencia y el depurado arte, posibilitaba también una extensa y rica red comercial.

Desde un punto de vista moral y espiritual los griegos, al igual que sus sucesores los romanos, no estaban tan evolucionados como los judíos que habían conquistado. No obstante, el alto nivel de sus especulaciones y el perfilado sentido del honor y la justicia que profesaban entre iguales, representaban una base incuestionable para la implantación exitosa del sólido monoteísmo y la estricta moral familiar que los judíos practicaban.

Estamos hablando de un tiempo fundacionario donde la naturaleza del reconocimiento que se le rendía al héroe, al filósofo y al sacerdote solía desbordar en franca veneración cultural. En el tiempo en que Jesús vino al mundo había, a lo largo y ancho del Imperio romano, cientos de sinagogas donde se transmitía dogmáticamente la ley mosaica como única forma de salvación, y se señalaban con dedos flamígeros los vicios de los gentiles. Y había también en las grandes ciudades, desde Atenas hasta Roma y Alejandría, escuelas filosóficas donde se hacían permanentemente las tres preguntas indisociables de la conciencia humana: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo? y ¿hacia dónde voy?

Por la actitud que asumían ante la vida y por las respuestas que daban a los grandes enigmas, los maestros de estas escuelas atraían a cierto número de discípulos y los purificaban o contaminaban con sus enseñanzas. Surgieron así cuatro grandes escuelas filosóficas cuya vigencia, aunque mucho más profana y pervertida, se ha prolongado hasta nuestro tiempo: los cínicos, los epicúreos, los estoicos y los escépticos.

La filosofía cínica alcanzó su máximo esplendor en la Atenas de Diógenes y Timón (siglos v-iv a. C.), y después fue decayendo. El significado del concepto se trastocó a tal grado, que un cínico de nuestro tiempo es justo lo opuesto de aquellos hombres virtuosos que ejemplificaban con sus vidas el valor de sus prédicas. En las plazas públicas y en los mercados, estos maestros de la austeridad y la renuncia predicaban que la virtud residía en la sencillez y sostenían, por encima de todo designio y fatalismo, que la salvación del hombre era un acto de su propia voluntad. Con su ejemplo de sobriedad e inalterabilidad frente a las condiciones adversas de la vida, estos filósofos pioneros contribuyeron en gran medida a atemperar el temor irracional del vulgo hacia la muerte. El respeto casi sagrado a las palabras y el modo apasionado cómo se expresaban, procedían en buena parte de las enseñanzas de Melquisedec de Salem y fueron un modelo a seguir para los más apasionados divulgadores del cristianismo.

El eje rector de la filosofía epicúrea no era la renuncia a la engañosa riqueza material, sino más bien la búsqueda de la felicidad plena. Ni el filósofo Epicuro (341-270 a. C.) ni sus mejores discípulos eran dados a los excesos sensuales que más tarde se asociarían dolosamente con esta escuela. En la esencia del epicureísmo está el deseo de abatir la ignorancia y ensalzar la virtud. Mediante el uso claro y preciso del pensamiento se pueden combatir las supersticiones y el fatalismo, y al superar estas lacras el hombre es libre y puede alcanzar su plenitud en la Tierra.

La filosofía estoica fue desde su origen la más selecta de todas, y en ella fueron educados los vástagos de las familias prominentes. Las más altas aportaciones de la filosofía estoica fueron casi contemporáneas a Jesús (Séneca 4 a. C.-65 d. C.) y se consolidaron con el auge del cristianismo (Marco Aurelio 121-180 d. C. y Epicteto 50-130 d. C.). Su elevado concepto de la moral, jamás superado por ninguna otra escuela o sistema filosófico, acerca al estoicismo de manera decisiva al núcleo moral de las enseñanzas de Jesús, aunque en ningún momento se asumió como religión. Los estoicos enseñaban que el alma del hombre era de origen divino, pero el cuerpo en el que estaba prisionera era proclive al mal. El imperativo de la filosofía estoica consistía entonces en liberar al alma de las malignas inclinaciones del cuerpo mediante el ejercicio de la virtud, la armonía con la naturaleza y el amor a Dios. En las mejores páginas de Séneca y Marco Aurelio pueden encontrarse máximas y principios que podrían atribuirse a los preclaros fundadores de las más grandes religiones.

Por último, para la filosofía escéptica el conocimiento es inevitablemente engañoso, y la búsqueda de la verdad una tarea inútil y ociosa. Fue la expresión más radical de la negatividad en que incurre la razón arrogante cuando va aunada a una extrema pobreza de espíritu. Es, sin duda alguna, la forma más nociva de filosofía que ha existido y su pervivencia, siempre minoritaria, se explica por los excesos inmorales y destructivos de ciertas épocas de la humanidad, así como por un egoísmo deshumanizado y suicida.

Todas estas filosofías —con la excepción tal vez de las enseñanzas de los cínicos— estaban restringidas a una élite social donde no tenía cabida el grueso de la población ignorante y supersticiosa. Los pobres y los débiles tenían que conformarse con los bárbaros mitos que los encadenaban a los cultos místéricos y a los sacrificios paganos que remontaban su origen a los ritos mágicos de vida-muerte más primitivos.



A la par de los grandes logros filosóficos, estéticos y jurídicos de la tradición grecolatina, sobrevivían cultos paganos a deidades tribales que se revestían con los arrebatos de pasión y odio propios de cualquier mortal. Además del paganismo astrológico importado de Babilonia, que se convirtió por un tiempo en la seudoreligión más popular del imperio, existían también los cultos místéricos llegados desde Egipto y el Levante, y que encontraron un medio propicio entre las clases más humildes ansiosas de un credo de salvación individual. Estas religiones místicas contribuyeron en gran medida a la superación de expresiones de fervor religioso tan aberrantes como la deificación y adoración del emperador. Para el pueblo judío, profundamente espiritual y monoteísta, esta deificación del emperador constituía un sacrilegio imperdonable y era uno de los mayores obstáculos para la convivencia armoniosa entre ambas culturas.

Las religiones místicas, el culto frigio de Cibeles y su hijo Atis y el culto egipcio de Osiris e Isis, pero primordialmente el mitraísmo iranio, supusieron un fermento ideal para el arraigo popular del cristianismo. Todas estas religiones de raigambre agrícola partían de una leyenda mítica que tenía como eje central la vida, la muerte y la resurrección de algún dios. Pronto estos ritos agrícolas de muerte y renacimiento superaron el dominio tribal y nacional, dando origen a verdaderas fraternidades y sectas interraciales.

La mayoría de los cultos místéricos prometían la salvación para sus adeptos a través de elaboradas ceremonias de iniciación y rituales secretos que en muchos casos eran verdaderamente orgiásticos. Poco podía hacer la filosofía de los cínicos frente a la seducción animal de las orgías místicas. En las impresionantes ceremonias frigias, al viernes negro en que se conmemoraba la

muerte autoinfligida de Atis se le conocía como el “día de la sangre”, y tres días después de esta efusión de todas las sangres lo macabro se transformaba en festivo, y en honor de la resurrección de Atis se permitían todos los excesos sexuales. Se entiende, en consecuencia, que el vulgo diera la espalda a las enseñanzas éticas y sobrias de los filósofos.

Las prerrogativas a que tenían acceso los iniciados en estos cultos místéricos —como la liberación del mal y la posibilidad de renacer en la felicidad eterna— suponía un atractivo excepcional para la masa de desposeídos y esclavos que estaban irremisiblemente condenados a sufrir toda clase de ignominias a su paso por la Tierra. De ahí que cuando Pablo empezó a predicar el cristianismo entre estas masas de desheredados, no dudó en adaptar ciertos aspectos de las enseñanzas de Jesús para hacerlas más atractivas a estas mentalidades ávidas de la salvación mística. No obstante, con su sagacidad y amplitud de miras Pablo supo mostrarles a esas multitudes ignorantes las grandes ventajas que el cristianismo —término de su propia invención— tenía sobre cualquier otro culto místico. Las religiones místicas sin excepción estaban basadas en mitos; el cristianismo, por el contrario, era la única religión trascendente basada en hechos históricos: la vida de Jesús de Nazaret durante su encarnación en la Tierra. La religión que Pablo les predicaba era profundamente ética e igualitaria: sólo había un único Dios, padre de todos sin distinción de naciones, razas y clases, y la bondad era el modo en que debían tratarse todos como hermanos. No debe olvidarse que en esa época la bondad, fundamento de toda ética y moral, no era un requisito indispensable para ejercer cualquier sacerdocio pagano. Ni los sacerdotes del panteón politeísta de las elites imperiales, ni los oficiantes de los cultos místéricos que atraían a las masas estaban obligados a llevar una vida virtuosa y ejemplar. Únicamente los filósofos herederos del platonismo y los más puros profesantes de la religión judaica tenían a la verdad y la bondad como ejes referenciales de una vida recta y santa.

A diferencia de los griegos, que aportaron el idioma, el arte y la filosofía, y de los romanos que delinearon como ninguna otra cultura la noción de sistema político-jurídico indispensable para la consolidación del imperio, los judíos tenían como centro de su orgullo racial el más profundo sentimiento religioso y la más perfilada moralidad. Durante siglos el pueblo de Israel había adquirido a través de sus sacerdotes y profetas la convicción de ser el pueblo elegido para llevar la verdad del Dios único a todo el orbe. Ante esta declaración sublime de fe, poco lugar quedaba para el ejercicio libre de la razón, que es condición indispensable para el desarrollo del arte, la filosofía y la política. De la misma manera como los filósofos griegos trataron de contrarrestar las aberraciones del politeísmo antropomórfico con el ejercicio de una racionalidad rigurosa, así los escribas, fariseos y saduceos que detentaban el poder en la sociedad judía, rechazaron tajantemente toda especulación filosófica y las creaciones estéticas que no estuvieran estrictamente ceñidas a sus creencias. El dogma y la ortodoxia eran los principios rectores de una teocracia idealizada donde no había lugar para la novedad y la invención. Todos los preceptos necesarios para la salvación ya se le habían dado de una vez y para siempre a los patriarcas fundadores, y por tanto no había más que seguir dogmáticamente estos preceptos y obedecer sin titubear las sentencias y los dictados del Sanedrín, máxima institución que congregaba todos los poderes en la sociedad judía.

Los judíos representaban la rama más antigua de la raza semita, que incluía también a los babilonios, fenicios y cartagineses. En la época en que nació Jesús, el Imperio romano, tras conquistar a los partos, había consolidado una paz propicia para el intercambio comercial y cultural que abarcaba el sur de Europa, el noroeste de África, Asia Menor, Siria y Egipto. Palestina ocupaba un lugar estratégico como cruce de caminos entre los tres continentes. Desde tiempos inmemoriales las caravanas comerciales y los ejércitos que iban o venían de Asiria, Egipto, Partia, Grecia

y Roma pasaban necesariamente por Palestina para arribar a los mejores puertos del Mediterráneo oriental. Pueblo genuinamente religioso y comercial, los judíos habían aprovechado las fluidas redes de comunicaciones imperiales para extender su religión por todo el Mediterráneo. En Alejandría, Grecia y Roma (que para ese entonces contaba con una población cercana a los dos millones de habitantes) había cientos de sinagogas y miles de pequeños comercios que servían como núcleos transmisores de los valores judaicos. Pero al mismo tiempo estos comerciantes judíos se nutrían de los adelantos filosóficos y estéticos de los griegos y los romanos, y en sus obligadas visitas a Jerusalén para celebrar la Pascua traían consigo nuevos conceptos y nuevos logros que contribuían a atemperar la dogmática cerrazón de la teocracia que imperaba en Palestina. Sin embargo, la centralización en Jerusalén del culto ortodoxo que los judíos profesaban fue crucial no sólo para la supervivencia del monoteísmo, sino también para la del propio pueblo judío.

La razón primordial por la que Palestina gozaba de cierta autonomía política, era precisamente su posición estratégica dentro del mapa imperial. Para la política exterior del imperio era indispensable mantener el libre tránsito en esta vía preferencial entre Oriente y Occidente. Otorgándole al pueblo judío cierta autonomía, los romanos aseguraban a un tiempo la paz en Palestina y, sobre todo, evitaban toda tentación expansionista de la Siria seleúcida al norte y el Egipto tolemeico al sur.

La configuración social de la nación judía era mucho más rígida y cerrada que la de las sociedades grecorromanas. A principios de la era cristiana no existía propiamente lo que a partir del siglo XIX se llamaría conciencia social. Los individuos aceptaban como un dictado del destino su condición de nacimiento, y sólo los más voluntariosos e inteligentes buscaban las pocas posibilidades que existían para mejorar sus condiciones de vida. En la parte más alta y privilegiada de la pirámide imperial estaban los aristócratas, que provenían en su mayoría de la fracción guerrera

que se había adueñado de la riqueza y el poder. Seguían luego los mercaderes y prestamistas, que se dedicaban fundamentalmente a la exportación e importación de mercaderías. Más abajo estaba una incipiente clase media dedicada a los oficios y al pequeño comercio, y que desempeñará un papel muy significativo en la difusión del primer cristianismo. El penúltimo eslabón social lo ocupaban los obreros libres y el campesinado, cuya injerencia en la toma de decisiones sociales era prácticamente nula. Su único motivo de orgullo consistía en saberse por encima de las masas de esclavos, que conformaban la despreciada base de la pirámide social.

Por esta época casi la mitad del imperio romano se componía de esclavos. De esta masa de razas conquistadas sólo una pequeña proporción lograba comprar su libertad y escalar socialmente hasta llegar a ocupar posiciones de Estado. En términos generales cada estrato estaba satisfecho con su condición de nacimiento y los disturbios sociales ocasionales tenían que ver más con la escasez de alimentos por las malas cosechas que por inconformidad con la desigual distribución del poder y la riqueza.

Cada grupo social profesaba su propia religión en consonancia con los atributos de sus dioses. Las minorías privilegiadas aceptaban complacidas el permisible politeísmo antropomórfico; las fracciones intermedias aceptaban este politeísmo impuesto por la aristocracia guerrera, pero seguían con especial atención las enseñanzas de los filósofos. Y las capas sociales más bajas representaban el fermento propicio para las religiones místicas; en ellas arraigaría de manera extraordinaria el culto al inmolado y resucitado Dios de amor: el cristianismo.

II. LOS ACUSADORES

En su obra magistral *Mito y epopeya*, Georges Dumézil postuló la célebre teoría de las tres funciones para diferenciar los roles sociales en los orígenes de las culturas indoeuropeas. La primera función la desempeñarían los sacerdotes-chamanes (religión y magia), la segunda los guerreros (poder militar) y la tercera correspondería a los ganaderos-agricultores (producción y comercio).

Durante su cautiverio en Babilonia (siglo VI a. C.) los sacerdotes hebreos se dieron a la tarea de rehacer a la nación judía mediante textos que exaltaran su historia racial y predispusieran el ánimo de las nuevas generaciones hacia una valoración orgullosa de su pasado tribal. Muchos años después estos textos, que se nutrían y hacían propias tradiciones y enseñanzas egipcias y caldeas, fueron manipulados por otros escribas y sacerdotes para que en ellos apareciera el pueblo judío como el pueblo elegido de Dios.

Sin pretender menoscabar la importancia de los profetas y patriarcas fundacionarios de la tradición hebraica, no se puede soslayar que el hecho de sacralizar su historia, y en contraste

considerar a las historias de otros pueblos como profanas, obedeció a una intención bien calculada. Como ha sucedido con la mayoría de las culturas —un ejemplo elocuente sería la astuta reconstrucción del pasado azteca ordenada por Tlacaélel—, los sacerdotes del exilio judío en Babilonia reconfiguraron el monoteísmo original de su pueblo y destruyeron gran parte del legado histórico que registraba la bárbara evolución de estas tribus de ganaderos-agricultores. Los expertos mencionan textos tan sugestivos como *Las obras de los reyes de Israel* y *Las obras de los reyes de Judá*, entre otros legados menores que fueron recortados y manipulados por los sacerdotes creadores de la leyenda del pueblo elegido.

Tanto los escribas judíos como los evangelistas cristianos han entrado a saco en la historia para favorecer sus planteamientos dogmáticos. Los más recientes estudios arqueológicos cuestionan seriamente la pretendida existencia de las doce tribus de Israel con su amañada fundamentación milagrosa. Al parecer no existieron más de cuatro o cinco tribus de pastores que se unificaron finalmente formando los pueblos israelita y cananeo.

Los semitas primitivos, al igual que otras culturas primigenias, creían que toda forma de vida poseía un espíritu. Animales y plantas estaban animados por estos espíritus que terminaron siendo adorados como dioses de la naturaleza (fundamentalmente de los cuatro elementos: agua, aire, fuego y tierra). La evolución del politeísmo tribal al monoteísmo nacional fue un paso lento y gradual en una escenografía histórica plagada de guerras y ruindades. Yahvé, una de las múltiples deidades del panteón semita, comenzó a adquirir un mayor relieve entre las tribus del sur de Palestina que identificaban a esta deidad con el monte Horeb. Jehová designa ya la expresión consolidada del monoteísmo, pero su uso vulgar no adquirió plena vigencia hasta mil quinientos años después de Cristo.

Alrededor del año dos mil antes del nacimiento de Jesucristo, el monte Sinaí aún sufría periódicas erupciones volcánicas. Este

espíritu del monte Horeb, que infundía un terror sublime a aquellos pastores primitivos, pronto comenzó a ser adorado y temido por algunos pueblos beduinos que por siglos habían rendido culto a los becerros de plata y oro que representaban a Baal. La confrontación secular entre los seguidores de Yahvé y los de Baal adquiere meridiana claridad en el marco trifuncional planteado por Dumézil. Las tribus sureñas de Palestina consideraban que la tierra era inalienable, un don genuino de la deidad que no se podía vender ni hipotecar. En una de las múltiples revelaciones a su pueblo, Yahvé había sentenciado: “La tierra no se venderá, porque es mía”. Por otro lado, las tribus norteñas cananitas que adoraban a Baal consideraban natural comprar, vender e hipotecar las tierras (no es gratuito que el significado de la voz *baal* sea justamente “propietario”). Baal era una deidad identificada con la lluvia y la fertilidad de la tierra, y los baalitas que poseían grandes extensiones de tierra trabajadas por esclavos, preferían habitar los nacientes núcleos urbanos, en contraposición a los pastores yahveítas que moraban en las montañas. La evolución del politeísmo baalita al monoteísmo yahveíta es impensable sin la existencia de un hombre excepcional, uno de los más grandes líderes espirituales que registra la historia. Moisés, por su condición privilegiada —su madre pertenecía a la familia real egipcia y su padre era un semita que fungía como oficial de enlace entre el gobierno y los cautivos beduinos— fue el mediador ideal entre la grandeza en caída de la milenaria cultura egipcia y la naciente espiritualidad del pueblo hebreo. El hecho de que este líder impar optara por identificarse más con el pueblo de su padre que con el de su madre fue decisivo para la evolución espiritual de todo el mundo occidental.



Hacia el siglo XIII a. C., los hebreos cautivos no poseían un lenguaje escrito, y las más serias investigaciones parecen confirmar que lo que se narra respecto al cautiverio y el éxodo en el *Antiguo Testamento* fue escrito siglos después de haber sucedido. Por su condición privilegiada en la corte del faraón, Moisés había tenido acceso a las extraordinarias enseñanzas de los dos gobernantes más sabios de todas las dinastías faraónicas. Estos dos gobernantes excepcionales habían conocido las tablillas mesopotámicas de piedra y arcilla donde estaban registradas las proclamas del Dios único de la escuela de Salem fundada por Melquisedec, y se esforzaron denodadamente para que el pueblo egipcio superara la alternancia politeísta que era consecuencia de las pugnas tribales. En ninguna otra cultura de ese tiempo puede encontrarse una combinación tan potenciadora de filosofía y religión. La ubicación de la verdad, la justicia y la rectitud como ejes rectores del comportamiento humano fue determinante para la posterior teología hebrea, que asimiló al pie de la letra conceptos egipcios tales como el juicio después de la muerte por los pecados cometidos en la vida terrenal.

Amenemope (siglo XIV a. C.), reconocido también como “El hijo del hombre”, fue el primer faraón que instauró un culto de salvación en torno a la deidad solar. Para este visionario, los bienes y la fortuna eran dones que la deidad otorgaba a quien los merecía por sus actos. Sus enseñanzas, recogidas en el *Libro de la sabiduría*, constituyeron una sólida base para la posterior consolidación de la teología hebrea, a tal grado que muchos de sus pasajes fueron incluidos siglos después en el *Antiguo Testamento*. Recientes investigaciones revelaron que el *Libro de los proverbios* y los primeros cantos del *Libro de los salmos* pudieron ser trasvasados del *Libro de la sabiduría* de Amenemope. Asimismo los primeros filósofos griegos como Pitágoras (570-480 a. C.) y Parménides (515-440 a. C.) fueron influenciados por las enseñanzas de Amenemope traducidas al griego.

Pero el gran reformador espiritual del antiguo Egipto fue Ikhnaton, mejor conocido como Amenofis IV (1372-1354 a. C.). Este joven faraón fue un iluminado desde su adolescencia y, con el apoyo de la reina madre Nefertiti, reinstauró el culto saemita de El Elyón, el único Dios, al que identificó con Atón, el sol dador de vida y origen de todo lo existente. En ninguna de las dinastías faraónicas existió un caso semejante de combinación del más alto sentido de la justicia con la espiritualidad más sublimada. Tenía este joven faraón tal grandeza de miras que, de haber gobernado más años, se habría convertido sin duda alguna en uno de los más grandes reformadores de la antigüedad. Todos sus logros tienen la impronta de una mente privilegiada que recibió muy pronto los dones de la divinidad. Sin embargo, su juventud y apasionamiento precipitaron los cambios e impidieron que sus providenciales aportaciones fueran asimiladas poco a poco por los campesinos incultos y por las minorías privilegiadas que usufructuaban el politeísmo ancestral.

Con la premura de un iluminado que ve en la fugacidad del tiempo a su mayor rival, Ikhnaton cambió su nombre, abandonó la capital del reino y construyó una nueva, revolucionó el arte, la filosofía y, sobre todo, instauró la creencia en Atón como Dios único. Poseído por la fiebre transformadora no tuvo la experiencia necesaria para prever las consecuencias de sus aportaciones, y sus enemigos —la parasitaria casta sacerdotal politeísta— encontraron un humus idóneo de rebeldía en el pueblo miserable y oprimido. Mientras Ikhnaton reinó, la casta sacerdotal mantuvo en secreto los cultos politeístas; pero en cuanto el joven faraón murió, los sacerdotes relacionaron los desastres militares y naturales de Egipto con el culto al Dios único, y reinstauraron en su propio beneficio el politeísmo agrícola.

Las enseñanzas de Ikhnaton sobre la rectitud moral y el culto al Dios único fueron conservadas entre los hebreos en cautiverio, y muchos de los himnos escritos por el visionario faraón se incluyeron en el *Libro de los salmos*, atribuyéndoselos a autores

hebreos. El punto más vulnerable del sólido monoteísmo de Ikhnaton fue el mismo en que siglos después incurrirían las enseñanzas de Jesucristo: enseñarle a un pueblo profundamente nacionalista que sólo había un Dios creador de todo lo existente y que a todos protegía sin distinción de credos ni razas. Esta declaración, inusitadamente avanzada para su tiempo, no podía ser bien recibida por los sacerdotes ni por los comandantes de los ejércitos que se enfrentaban en las fronteras del reino con las oleadas bárbaras de los adoradores de dioses tribales. Al asumir el poder Tutankhamén, la capital del reino regresó a Tebas y los sacerdotes impusieron el viejo politeísmo basado en el culto agrícola a Isis y Osiris.

Las enseñanzas de Amenemope e Ikhnaton, junto con el legado de Melquisedec, fueron esenciales para que Moisés estableciera los principios de la religión hebrea. No obstante, al morir Moisés el culto al Dios único Yahvé comenzó a contaminarse rápidamente con los cultos idólatras de los cananeos, y tuvieron que pasar varios siglos de oscuridad y confusión hasta que una extraordinaria estirpe de líderes y profetas condujo a las tribus del desierto hacia una unidad política y espiritual.

No se puede entender el papel determinante que ejerció la religión para el pueblo judío si no se tienen en cuenta las repetidas luchas intertribales por la posesión de la tierra y los dos grandes periodos de cautiverio en Egipto y Babilonia. Durante el cautiverio los sacerdotes falsearon las brutales guerras entre las tribus del norte y del sur (agricultores contra pastores) e hicieron aparecer a los jefes de los bárbaros pastores como descendientes de un linaje divino.

En el *Antiguo Testamento* se data el origen de la nación hebrea en el momento en que Saúl (1030-1010 a. C.) logra unir a poco más de tres mil pastores de los clanes del norte (en el *Antiguo Testamento* se fantasea con un ejército de trescientos mil) y derrota a los amonitas. Tras el triunfo, los pastores nombran rey a Saúl (en el *Antiguo Testamento* para fundamentar el

favor divino se hace constar que fue el profeta Samuel quien lo ungió) y atribuyen el triunfo a la predilección de Yahvé por el pueblo hebreo. La nobleza de estirpe y carácter con que los sacerdotes judíos colorearon durante el cautiverio en Babilonia los reinados de David (1010-970 a. C.) y su hijo Salomón (970-931 a. C.), es una muestra ejemplar de cómo los hagiógrafos y los historiadores pueden manipular y desvirtuar los hechos históricos.

David, que no era más que el jefe de un reducido ejército de nómadas y fugitivos de la justicia, bajo un pacto con los filisteos se negó a prestarle ayuda al rey Saúl, quien fue derrotado por los filisteos en la cruenta batalla de Gilboa. Cuando, haciendo caso omiso de esta deslealtad hacia Saúl, el pueblo de Judá lo nombró rey, la mayoría de su ejército estaba conformada por cananeos que adoraban a Baal y no por los hebreos adoradores de Yahvé. Con innegable astucia política David asimiló las tradiciones del reino norteño de Israel, y mediante sucesivos casamientos (entre otros con la hija de Saúl y de Talmái, rey de Geshur) logró que los ancianos de los clanes amenazados por los filisteos lo unguieran como sucesor de Saúl y rey de Israel. Con su visión de gran estrategia David estableció la capital del reino en la fortificada ciudad de Jebus (la posterior Jerusalén), a mitad de camino entre Judá e Israel. Los filisteos, alarmados por el poder del jefe tribal que antes había sido su aliado, le declararon la guerra y fueron derrotados en una batalla decisiva para la consolidación de la leyenda del pueblo elegido.

Tras la derrota total de los filisteos, David mandó instalar el arca del Dios protector de los hebreos en la nueva capital del reino y decretó oficialmente el culto a Yahvé. Una vez consolidado el poder sobre todos los clanes del desierto, el ambicioso rey obligó a las tribus de los moabitas, los amonitas y los sirios a pagar onerosos tributos y les arrebató a los clanes del norte grandes extensiones de tierra, además de apartar a los consejos de ancianos de la administración de la justicia. Frente a tales

circunstancias no era de extrañar que Absalón, uno de sus hijos, encabezara la rebelión contra la tiranía.

Al morir David asumió el poder su hijo Salomón, producto de la relación con la bellísima Betsabé (a cuyo esposo, el general heteo Uriás, había hecho matar el propio David para quedarse con la viuda). Heredero de la ambición y grandeza de miras de su padre, Salomón continuó gobernando con el mismo despotismo que David, pero se entregó a una fiebre de construcciones monumentales que terminaron abrumando al pueblo y llevando al reino a la bancarrota. El templo de Yahvé, el palacio del rey y la extraordinaria flota mercante que mandó construir para comerciar con todo el Mediterráneo, son muestras concluyentes de una mente obsesionada por la grandeza: no en balde llegó a tener un harén de casi un millar de concubinas.

A partir del reinado de Salomón y hasta el cautiverio en Babilonia, el reino de Israel fue de caída en caída, y los cultores de Baal volvieron a entrar en franca beligerancia con los adoradores de Yahvé. Durante este largo periodo de oscuridad y guerras, sólo la voz de los profetas permaneció como un faro para evitar la total zozobra. Cuando el rey Acab mandó asesinar al terrateniente Nabot y a sus hijos para quitarles las tierras, la voz colérica de Elías (siglo IX a. C.), un aguerrido luchador agrario, arremetió contra los terratenientes baalitas que pretendían dominar el campo desde las ciudades, y proclamó a Yahvé-Elohim como el único Dios verdadero.

En esa época de rebeliones interminables el sacerdocio conspiró inmoralmente con los tiranos para suprimir la libertad de prédica, lo que llevó a los profetas a escribir secretamente en tablillas sus enseñanzas, con un propósito divulgador que puede considerarse como el auténtico origen de la *Biblia*.

Hacia el siglo primero antes de Cristo la teología hebrea gozaba de gran difusión en el mundo mediterráneo. Los judíos occidentales habían adoptado muchas de las enseñanzas de los filósofos griegos (sobre todo de Platón y los estoicos), y con la

traducción de las escrituras hebreas al griego realizadas en la cosmopolita Alejandría, habían logrado una notable difusión del concepto del Dios único y de los principios éticos judíos entre las capas más cultas de los gentiles. Jerusalén era el centro indiscutible del judaísmo, y durante la fiesta de la Pascua el templo de Jerusalén era visitado por más de dos millones de judíos provenientes de Oriente y Occidente. Esta extraordinaria confluencia religiosa, aunada a la posición estratégica de Palestina, hicieron posible que en la región prevalecieran armoniosamente tres idiomas: el pueblo hablaba el arameo, la casta sacerdotal el hebreo, y los comerciantes ricos y la clase instruida hablaban el griego.

Casi contemporáneo de Jesucristo, Filón de Alejandría (15 a. C.-50 d. C) desempeñó un papel cardinal en la helenización de los judíos y la hebreización de los griegos. Hombre de rectitud moral y perfilada inteligencia, logró una meritoria complementación entre la filosofía platónica y la teología hebrea. Ejemplo cabal del buen resultado que se puede alcanzar cuando se combinan las mejores aportaciones de sistemas en apariencia desiguales, Filón sentó las bases, con su complementación de filosofía y ética, para que Pablo de Tarso años más tarde pudiera introducir fácilmente el evangelio cristiano entre los gentiles deseosos de alcanzar la salvación.

No obstante, este intento de combinar la filosofía con la teología estaba amenazado de origen por una de las mayores lacras que ha padecido la humanidad: la teocracia parasitaria. La casta sacerdotal hebrea, al asumir el poder económico y político, instauró una teología ultraortodoxa donde la filosofía y la estética, al igual que cualquier novedad, eran inmediatamente identificadas con el mal. Tal actitud despótica del poder religioso, favorecida en gran medida por el yugo imperial romano y la esperada venida del Mesías liberador, constituyó el mayor obstáculo para que el judaísmo remontara su precario ámbito nacionalista y se convirtiera en la primera religión global.

Los escribas, los fariseos y los saduceos, que esclavizaban al pueblo con sus complejos ritualismos y legalismos, habían hecho de la tradición una barrera infranqueable contra la que se estrellaban todos los intentos de apertura y libertad. La ley y la tradición eran los pilares infalibles para sostener la teocracia, y el pueblo ignorante y oprimido no tenía otra opción que creer ciegamente en los dictados de los escribas, que enfatizaban el origen divino de los dogmas. Contra estos dogmas injustos y anacrónicos arremetió Jesús de Nazaret, y el Sanedrín, que representaba el máximo órgano del poder religioso, no dudó en extirpar su peligroso ejemplo.

III. EL ACUSADO

La vida-obra de Jesucristo* está nimbada con la fascinación y la suspicacia que emana de toda creación mítica. Ningún historiador serio se atrevería a poner en duda la historicidad de Jesús, sin embargo, no son pocos los que se niegan a aceptar su doble naturaleza divina y humana.

Al igual que algunos de los más grandes filósofos y líderes espirituales (Gautama, Pitágoras, Sócrates, etc.) Jesucristo se

.....
* Ciertos autores, como Ferdinand Pratt, sostienen que Jesucristo nació el 25 de diciembre del año 748 de la cronología romana (seis años antes de la era cristiana). Otras fuentes afirman que la fecha de nacimiento de Jesús fue el 21 de agosto del año siete antes de la era cristiana, de acuerdo al censo que ordenó el emperador Augusto en el año 8 a. C., pero que en Palestina se efectuó un año después, que fue cuando José registró a su hijo en Belén como Josué ben José. La fecha del 25 de diciembre que la Iglesia católica reconoce como la del nacimiento de Jesús, coincide significativamente con la de la celebración del festival de Mitra. Tanto el mitraísmo como el cristianismo celebraban el rito del bautismo y el sacramento del pan y el vino.

negó a dejar cualquier muestra escrita de sus prédicas y obras, llegando incluso al extremo de prohibirle a sus apóstoles y discípulos que lo hicieran. La razón, que en principio puede parecer arbitraria, obedece a un imperativo inobjetable: evitar que el culto a la persona y a las obras de Jesús desplazase a un lugar secundario al objetivo primordial de su paso por la Tierra. Los Evangelios muestran como una y otra vez el Maestro reprende a sus discípulos y les recuerda que él sólo ha venido a proclamar la adoración al Padre celestial y el amor entre todos los hombres como hermanos.

Sin olvidar que estamos ante un personaje excepcional que para cientos de millones de individuos representa la encarnación de la divinidad, aquí nos atendremos determinadamente a los datos históricos que sobre dicho personaje conservamos. Aun cuando existan diversas fuentes que resaltan ciertos aspectos contrastantes de la vida y de la obra de Jesús (los manuscritos descubiertos en Nag Hammadi, *Hechos apócrifos de Pedro* y el *Evangelio según Tomás*, etc.), nadie cuestiona que la tetralogía evangélica que constituye el Nuevo Testamento es sin duda la fuente más fidedigna para conocer la grandeza de espíritu de este ser extraordinario y la elevada calidad filosófica y moral de sus enseñanzas.

Se cree, por referencias indirectas, que el primero que escribió sobre la vida del Maestro fue Andrés, el primer apóstol. Desafortunadamente los escritos de Andrés se perdieron, no sin antes servir de referencia para que Marcos hiciera la primera recopilación evangélica sobre la vida y las enseñanzas de Jesús.

El evangelio de Juan Marcos es el más breve y elemental, y en él el Maestro aparece en toda su grandeza humana ejerciendo la irresistible fascinación de su inteligencia y de su amor. Juan Marcos era un adolescente cuando conoció a Jesús, y muchos de los hechos que describe tienen la frescura de una crónica viva. Pero el conjunto de este evangelio fue concebido por Simón Pedro como una guía para la naciente Iglesia de Roma. Antes de

que Pedro muriera en el año 67 de la era cristiana, Marcos se dedicó a anotar los comentarios del padre de la Iglesia y no terminó de darle forma a su evangelio sino hasta finales del año 68.

El segundo evangelio, el de Mateo, relata la vida del Maestro con la intención de armonizar sus prédicas con la tradición judía. Josué ben José aparece como un hijo de David y sus enseñanzas son siempre respetuosas de la ley y los profetas. El escrito original de Mateo estaba en arameo, pero la versión que sobrevivió está en griego. Se cree que uno de los discípulos del apóstol llamado Isador logró huir de Jerusalén cuando los ejércitos de Tito sitiaron la ciudad en el año 70 d. C. Ya refugiado en Pella, Isador transcribió en el año 71 las notas de Mateo al griego.

El evangelio según Lucas registra la muy particular visión de su maestro Pablo. Lucas, médico de profesión, fue convertido al cristianismo por Pablo en el año 47 d. C., y desde esa fecha se dedicó a tomar notas sobre la vida y las enseñanzas de Jesús. Lucas enfatiza en su registro el amor de Jesús hacia los publicanos y pecadores. Aunque el evangelio de Lucas se debe en gran parte a los dictados de Pablo, se cree que complementó la información con varios testigos presenciales de los hechos y las prédicas de Jesús. Al morir Pablo, Lucas revisó el cúmulo de notas que había guardado a través de los años y dio forma definitiva a su evangelio en el año 82 d. C., en Acaya. El proyecto evangélico de Lucas constaba de tres libros, pero la muerte lo sorprendió en el año 90 d. C., cuando estaba concluyendo el segundo de los libros *Hechos de los apóstoles*.

El cuarto evangelio fue el de Juan, y en él se relatan muchas facetas de la vida-obra de Jesús que no se recogen en los anteriores evangelios. Juan fue de todos los apóstoles el que más cerca estuvo del Maestro. En los momentos decisivos del juicio y la crucifixión fue el único que permaneció a su lado. En el año 101 de la era cristiana, cumplidos ya los cien años, Juan, percatándose de las omisiones de los demás evangelistas, dictó a su discípulo Natán su versión de los hechos de Jesús, poniendo especial

énfasis en las obras milagrosas y las enseñanzas del Maestro en Judea y Jerusalén.

Jesús (Josué ben José) nació en Belén siete años antes de lo que la Vulgata sostiene, y creció en el seno de una típica familia judía de artesanos. Su padre José era carpintero y entre sus parientes y ascendientes había albañiles, herreros y carpinteros. La concepción de Jesús, como hijo de la promesa, está aureolada de misterio. Si bien es mucho lo que se sabe, no es poco lo que se ignora, (por ejemplo: ¿tuvo Jesús más hermanos?, como parece confirmarlo el reciente descubrimiento de la tumba de su hermano Santiago).

Durante siglos los profetas judíos habían preconizado la llegada del Mesías libertador, y el pueblo judío había creído que estas profecías se referían a la venida de un luchador social que liberaría a la nación judía del yugo de Roma y se sentaría en el trono de David. Después de la muerte de Jesús algunos de sus discípulos se dieron a la tarea de recomponer las Escrituras antiguas para que el linaje del Maestro se remontara hasta la casa de David y apareciera como el Mesías anunciado por los profetas. Hoy sabemos que esta idea del Mesías como luchador social y liberador del pueblo judío fue motivo de grandes disensiones con la familia de Jesús y con sus propios discípulos. Una y otra vez, en público y en privado, Jesús se esforzará por hacerles entender a sus seguidores que su reino no es de este mundo, y que su misión es de paz y no de guerra.

Desde la aparición del arcángel Gabriel anunciándole a María la concepción de un hijo que inauguraría el reino del cielo entre los hombres, nada de lo que le suceda a Jesús dejará de tener visos de leyenda. La llegada a Belén de los tres sacerdotes de Ur siguiendo la revelación del sueño de un profeta, según la cual estaba a punto de nacer entre los judíos la luz de la vida; la persecución y el asesinato de todos los infantes ordenada por Herodes después de oír de labios de los sacerdotes de Ur que había nacido el futuro rey de los judíos; el viaje de la familia

a Alejandría, donde estuvieron dos años hasta que les llegó la noticia de la muerte de Herodes; la primera visita al templo de Jerusalén, donde el adolescente aparece de pronto hablando como un adulto elocuente y sabio... Es claro que si aceptamos la divinidad de Jesús tenemos que hacerlo de principio a fin.



El muchacho de casi trece años que llega desde Nazaret y sorprende a los maestros de la ley, no era el típico provinciano inculto que acudía al templo para las ceremonias de consagración. Los parientes de Alejandría le habían obsequiado a José una versión griega de las sagradas Escrituras, y como José sabía griego no dudó en educar al niño en el idioma hegemónico. De ahí que cuando Jesús llegó ante los detentadores de la ley judaica, no sólo leía y hablaba el griego con fluidez sino que conocía casi a la perfección las sagradas Escrituras. Esta visita, con la discriminación de las mujeres en el templo, la crueldad de los sacrificios, los quejidos espantosos de los animales, las prostitutas pintarrajeadas ofreciendo de manera desvergonzada sus servicios en el patio de los gentiles, y por último, pero no en menor medida, las prédicas estruendosas sobre un dios iracundo y rencoroso, dejó impresa en la mente del joven una sensación de rechazo que no pararía de incrementarse con la edad.

Lector aventajado de las Escrituras sagradas, Jesús encontró en *El libro de Enoc* una referencia sesgada a la venida del liberador y, aunque no dudó de su origen misterico, decidió hacer propia la expresión "Hijo del Hombre" con que en el libro se le nombraba al esperado Mesías.

Se ha especulado en exceso sobre los años en que Jesús estuvo "desaparecido". Pudo haber estado en Damasco, Alejandría,

Grecia e incluso en Roma instruyéndose para el inminente magisterio. Lo que aquí interesa señalar es que no hay registro de que el Maestro haya realizado ningún acto milagroso o provocativo a los ojos del Sanedrín antes de su bautismo en el río Jordán.

Por lo que sabemos según los relatos evangélicos, durante mes y medio, y tras dar por concluida su peregrinación mundana, Jesús se retiró al monte Hermón para entrar en contacto directo con su Padre celestial y prepararse para su majestuosa tarea. Hacia el final del retiro, Jesús recibió la visita de Satanás y rechazó todas las ofertas del ángel rebelde, respondiendo con la inalterabilidad de un sabio estoico: “Que prevalezca la voluntad de mi Padre celestial”.

Cuando Jesús descendió del monte Hermón en busca de Juan el Bautista, ya había asumido a plenitud su misión como Hijo encarnado de Dios. Juan era hijo de Zacarías e Isabel, prima de María, la madre de Jesús. Al igual que María, Isabel había recibido la visita del arcángel Gabriel anunciándole la concepción de un hijo de la promesa, y las dos madres testificaron en el silencio prometido el crecimiento espiritual de sus hijos. En cuanto Juan cumplió catorce años sus padres lo llevaron a la secta de los nazarenos en En-Gedi —comunidad próxima al mar Muerto—, con la intención de que su hijo se quedara de por vida al servicio del Eterno. Los nazarenos eran considerados casi como santos por hacer votos de castidad, abstenerse de las bebidas embriagantes y no cortarse el pelo, y, al igual que los iniciados en las antiguas religiones de la India, tenían terminantemente prohibido tocar a los cadáveres.

Entre el ascetismo y el pastoreo Juan encontró tiempo para leer los manuscritos sagrados que tenían en la sede de la secta en En-Gedi, y se identificó de inmediato con el profeta Elías. Juan llegó a creer muy pronto que así como Elías había sido el primer profeta de Israel, él sería el último. En consecuencia asimiló por completo el método agresivo de Elías y se vistió y trató de hablar como el profeta colérico. Convencido

de que era el precursor del Mesías, rompió sus votos y abandonó En-Gedi para fustigar los vicios de los poderosos y anunciar la venida del liberador.

Aunque comenzó predicando en Betania, Juan se instaló finalmente al norte remontando las orillas del río Jordán. Su apariencia ascética y sus fogosas e iracundas prédicas no tardaron en congregar a miles de curiosos anhelantes de salvación. Pronto la nueva del profeta cubierto de pieles que estaba limpiando los pecados en los vados del Jordán llegó a oídos de los sacerdotes y levitas, quienes mandaron una comisión para preguntarle a ese extraño personaje si pretendía ser el Mesías y a nombre de qué autoridad predicaba. La respuesta que Juan les dio terminó poniendo a los miembros del Sanedrín en guardia: "Vayan a decirle a sus jefes que han oído la voz de aquel que clama en el desierto". No obstante de que el bautismo era una ceremonia de vieja data entre los judíos, el modo libre como Juan lo aplicaba ("Arrepiéntanse y sean bautizados") y las declaraciones que hacía ("Después de mí vendrá uno que es más grande que yo, ante quien no soy digno de inclinarme para desatar las correas de sus sandalias"), no pudieron menos que provocar recelo entre los guardianes del dogma y la ortodoxia.

Jesús se sumó a la fila de los que ansiaban ser bautizados por el profeta del desierto, y cuando Juan lo vio frente a él sólo alcanzó a balbucir: "¿Por qué bajas hasta el agua para saludarme?" Y Jesús le respondió: "Para someterme a tu bautismo". Juan, ya de adulto, había oído de labios de su madre lo que el ángel del Señor les había dicho a ella y a su prima María. Por eso, en el momento en que un halo de luz descendió sobre Jesús, al tiempo que Juan le vertía el agua y se oían las sublimes palabras "Este es mi hijo bienamado en quien yo me siento muy complacido", Juan no dudó en expresar: "Ahora sé con seguridad que tú eres el Libertador". Sin mediar más palabras, Jesús se alejó caminando hacia las colinas, donde pasaría cuarenta días orando y meditando sobre su inmediata misión en la tierra.

Mientras Jesús permaneció en su retiro en las colinas de Perea, Juan se vio acosado por las preguntas de sus discípulos y las de una nueva delegación de fariseos que llegó desde Jerusalén. Entre las múltiples respuestas de Juan, una quedó vibrando en los oídos de los custodios de la ley sagrada como una amenaza latente: “Aquellos que me han escuchado y han recibido mi bautismo les pueden decir quién soy yo, pero les afirmo que si bien yo bautizo con agua, el que ha estado entre nosotros volverá para bautizarlos con el Espíritu Santo”.

Al terminar su retiro, Jesús apareció de pronto en el campamento de Juan, quien al verlo pronunció eufórico las palabras decisivas que más tarde murmurarían escandalizados los miembros del Sanedrín: “¡Miren al Hijo de Dios, el libertador del mundo!” En el transcurso de su retiro de cuarenta días en las colinas pedregosas Jesús no había estado sufriendo tentaciones, sino orando y meditando en las grandes decisiones que debía tomar en esta nueva fase de su vida como Hijo autoasumido de Dios. Estaba escrito en los libros sagrados que los grandes profetas empezaban su magisterio público inmediatamente después de someterse a un retiro de ayuno y oración. Jesús hizo de esta tradición una costumbre, y cada vez que tuvo que afrontar una situación difícil no dudó en retirarse en soledad para conocer cuál era la voluntad de su Padre celestial.



Elegidos ya los primeros apóstoles (Andrés, Simón Pedro, Santiago, Juan, Felipe y Natanael), Jesús se encaminó con su familia a la celebración de la boda de la hija de un hombre rico de Caná. Jesús había prevenido en privado a su eufórica madre y a sus entusiasmados discípulos que no divulgasen nada de lo

sucedido en el Jordán, pues aún no era el tiempo de dar a conocer su misión. Pero María no hizo caso de la prevención del hijo y, ante la carencia de vino ocasionada por la afluencia de casi mil comensales, le rogó a Jesús que ejerciera sus poderes sobrenaturales. Las súplicas lograron conmovier el corazón del hijo y la noticia de la milagrosa reproducción del vino se desbordó enseguida, hasta llegar envuelta en un halo de hechicería a los miembros del Sanedrín. El escándalo que siguió obligó a Jesús a retirarse.

Hacia mediados del año 26, mientras el carpintero de Nazaret estaba trabajando en un pequeño astillero en Cafarnaum, Pedro le trajo la noticia del arresto de Juan el Bautista. Jesús dejó las herramientas sobre el banco, se quitó el delantal y dijo: "La hora del Padre ha llegado. Preparémonos para proclamar el evangelio del reino".

El sábado Jesús solicitó permiso para hablar en la sinagoga, y lo que dijo llegó como un ventarrón sacrílego a los oídos del Sanedrín: "He venido para proclamar el establecimiento del reino del Padre. Este reino incluirá a las almas adoradoras de los judíos y de los gentiles, de los ricos y de los pobres, de los hombres libres y de los esclavos, porque mi Padre no hace excepción de personas; su amor y su misericordia son para todos... Mi reino no es de este mundo. El Hijo del Hombre no conducirá los ejércitos a la batalla para establecer un trono de poder o un reino de gloria terrenal. Cuando llegue mi reino, conocerán al Hijo del Hombre como el Príncipe de la Paz, como la revelación del Padre eterno... En el reino de mi Padre no habrá ni judíos ni gentiles, sino únicamente aquellos que buscan la perfección a través del servicio, porque declaro que aquel que quiera ser grande en el reino de mi Padre, deberá convertirse primero en el servidor de todos... Juan ha venido a predicar el arrepentimiento para prepararlos para el reino; ahora vengo yo para proclamar que la fe, el regalo de Dios, es el precio para entrar en el reino de los cielos".

Para los custodios ortodoxos de la ley sagrada tales declaraciones entrañaban una doble blasfemia: política y religiosa. ¿Cómo iba a ser el Dios del pueblo elegido el mismo para pecadores y esclavos? A partir de ese momento decidieron ponerle espía permanente a las obras y a las enseñanzas del carpintero de Nazaret.

Con la ayuda de los primeros apóstoles el Maestro completó el séquito de los mensajeros del reino. Andrés presentó a Mateo Leví, Felipe a Tomás Dídimo, Juan Zebedeo a Judas Alfeo (hermano de Santiago Alfeo), Pedro a Simón Celotes y Natanael escogió a Judas Iscariote, hijo de un judío rico y ortodoxo (miembro de los saduceos) que lo había repudiado por seguir a Juan el Bautista.

Desde el Sermón de la Montaña hasta la Última Cena, el Maestro enseñó a sus discípulos a combinar el discernimiento con el amor. Su método de enseñanza conlleva una sabiduría (complementación de inteligencia y amor) incuestionable: “Los caracteres no se forman evitando hacer el mal, sino haciendo el bien... La persona feliz y eficaz está motivada por el amor de hacer el bien, y no por el temor de hacer el mal”. A lo largo de su excepcional magisterio, Jesús raramente enfatizó aquello con lo que no estaba de acuerdo; su método consistía en señalar la luz, no en prohibir la oscuridad: “No he venido para juzgar, sino para iluminar”. Para él lo imperativo era hacer el bien, más que prohibir el mal. Y hoy, después de más de dos mil años de crueles represiones e intolerancias retrógradas, sabemos con certeza que prohibir es incentivar, que la prohibición resalta lo prohibido.

Jesús era un observador minucioso de la conflictividad histórica en que devenía el pueblo judío. Al efectuar la ordenación de los doce apóstoles había sido muy cuidadoso en sus señalamientos, con la clara intención de no interferir directamente en los asuntos de índole política y social. Enfatizó que él buscaba la salvación del individuo, no del Estado; y fue preciso al darles instrucciones: “Amen a sus enemigos. No cometan el error de

combatir el mal con sus propias armas. Tengan fe en el triunfo final de la justicia divina y de la bondad eterna". Frente a las exigencias de los zelotes, que pretendían sacudirse el yugo de Roma mediante la rebelión, Jesús predicaba la paciencia, la tolerancia y el perdón. Jamás se asumió como un reformador político; su objetivo era la liberación espiritual, mostrarle al hombre la mejor manera de vivir de acuerdo a los dictados del espíritu. Jesús sabía muy bien que la soberbia, la injusticia, la opresión y la crueldad no se superaban mediante un decreto político, sino a través del desarrollo del espíritu. Al contrario de Juan el Bautista, Jesús no arremetió de frente contra los fariseos y los saduceos. Para él todos estos miembros de la teocracia parasitaria, que usufructuaban los beneficios económicos de la religión, eran esclavos del dogma y de la tradición; por eso en lugar de criticarlos directamente, prefería contraponerles sus enseñanzas basadas en la verdad, la belleza y la bondad. Cuando el apóstol Juan le pregunta en qué consiste el reino de los cielos, la respuesta que da el Maestro no puede ser más trascendental: "El reino de los cielos consiste en estas tres cosas esenciales: primero, el reconocimiento de la soberanía de Dios; segundo, la creencia en la verdad de la filiación con Dios; y tercero, el deseo supremo de hacer siempre la voluntad de Dios".

El principio rector de las enseñanzas de Jesús fue siempre predicar con el ejemplo. A sus apóstoles les hizo entender que una vida humilde, sincera y bondadosa era la mejor llave para abrirles los corazones a los creyentes que deseaban encontrar la salvación. Y si tuvo predilección por los pobres, fue por el desprecio de que eran objeto los desposeídos, tanto por los sacerdotes del politeísmo imperial como por los del monoteísmo ortodoxo. No puede haber la menor duda de que las enseñanzas de Jesús estaban más próximas a los filósofos cínicos y estoicos, que a los sacerdotes obnubilados por el poder y las riquezas: "En verdad, en verdad les digo que aquel que se gobierna a sí mismo es más grande que el que conquista una ciudad. El dominio de

sí mismo es la medida de la naturaleza moral de un hombre, y el indicador de su desarrollo espiritual”.

Al mismo tiempo que Jesús iluminaba las mentes con sus enseñanzas sublimes, no dejaba de tener compasión por los enfermos y afligidos de cuerpo. Pronto la noticia de los milagros realizados por el carpintero de Nazaret se convirtió para los guardianes de la ley sagrada en una amenaza aún mayor que sus prédicas.

Las curaciones milagrosas de Jesús confundían cada vez más a los espías fariseos. En Jerusalén un joven miembro del Sanedrín había adoptado públicamente las enseñanzas de Jesús y había sido bautizado por Abner, el jefe de los discípulos de Juan el Bautista, en el estanque de Siloé. El pleno del Sanedrín mandó entonces una comisión para que se encontrase con los espías y les ordenara regresar. Jesús estaba en Betsaida, en casa de Zebedeo, hablándole a un grupo numeroso de discípulos y seguidores. Desde Cafarnaum trajeron a un hombre paralítico para que Jesús lo curase. Sin embargo, era tal la cantidad de gente que se amontonaba en la puerta que no pudieron introducirlo en la estancia. Haciendo gala de una fe inquebrantable, el enfermo rogó a sus portadores que lo subieran al techo de la casa, y una vez subido mandó quitar las tejas y abrir un espacio para que lo bajarán. Cuando Jesús lo vio ante él se quedó sorprendido. Entonces el enfermo habló: “Maestro, no quisiera interrumpir tu enseñanza pero estoy decidido a curarme. Yo no soy como aquellos que recibieron la curación y se olvidaron enseguida de tu enseñanza. Quisiera curarme para poder servir en el reino de los cielos”. Ante tal muestra de fe, Jesús le dijo: “Hijo, no temas; tus pecados están perdonados. Tu fe te salvará”.

Tanto los espías fariseos como algunos escribas que estaban sentados en las primeras filas comenzaron a murmurar escandalizados: “¿Cómo se atreve este hombre a hablar así? ¿No comprende que esas palabras son una blasfemia? ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?” Jesús, que estaba oyendo a los

escandalizados, les reviró enfático: “¿Quiénes son ustedes para juzgarme? ¿Qué diferencia hay entre decirle a este paralítico: tus pecados están perdonados, o decirle: levántate, toma tu litera y camina. Pero para que ustedes que presencian todo esto, puedan saber definitivamente que el Hijo del Hombre tiene autoridad y poder en la tierra para perdonar los pecados, le diré a este hombre afligido: Levántate, recoge tu litera y vete a tu casa”. Al ver cómo el enfermo se incorporaba y salía caminando, el asombro se apoderó de los presentes. En ese momento llegaron los enviados del Sanedrín y llamaron a un lado a los espías para que les informaran. Para escándalo de la comitiva, tres de los espías fariseos se declararon fervientes seguidores de Jesús, y esto fue más grave aún de lo que el Sanedrín había supuesto. Había que evitar a como diera lugar que las deserciones se multiplicaran.

A partir de las curaciones milagrosas realizadas por Jesús, su fama se extendió por todos los rincones de Palestina y Siria, lo que contrarió profundamente al Maestro. Este reconocimiento iba en contra del propósito central de sus enseñanzas, que consistía en el reconocimiento de la paternidad de Dios y de la fraternidad entre los hombres. Jesús veía consternado cómo en torno a su persona y a sus obras se cernía una adoración tumultuosa que en nada contribuiría a aminorar el odio que, ya sabía, le tenían los detentadores de la ley. Aunado a esto estaba su sorprendente actitud hacia las mujeres. En contra de las enseñanzas rabínicas, que sostenían que era mejor quemar las palabras de la ley antes que entregárselas a las mujeres, y en un tiempo en que un judío no podía saludar en público a su propia mujer (aunque sí podía deshacerse fácilmente de ella acusándola de adulterio), el Maestro no dudó en formar un grupo de mujeres instructoras para llevarlas consigo en la gira por Galilea. Para Jesús de Nazaret la igualdad de la mujer a nivel social y espiritual era un imperativo indispensable para alcanzar una sociedad justa y buena. Y fue verdaderamente lamentable que esta visión justa y amorosa del Maestro se tergiversara años después por

Pablo de Tarso, el verdadero fundador de la teología ortodoxa cristiana y enemigo declarado de las mujeres. Ni en la vida ni en las enseñanzas de Jesús hay la más mínima referencia a lo que luego sería la retrógrada misoginia paulista. Es sabido que ninguna de las mujeres evangelistas, encabezadas por Susana (la hija del antiguo chazán de la sinagoga de Nazaret), Marta (la hermana mayor de Andrés y de Pedro), Rebeca (la hija de José de Arimatea) y María Magdalena (rescatada por Marta y Rebeca de la vida pecaminosa) abandonó a Jesús (como sí lo hicieron, a excepción de Juan, todos los apóstoles) en los momentos terribles de la crucifixión.

Desde el principio de sus prédicas Jesús fue un heterodoxo. Los fariseos y los saduceos obedecían a una teología dogmática que no sólo negaba toda opinión novedosa, sino que la consideraba como un sacrilegio. Jesús enseñaba con parábolas y basándose más en la propia vida que en la ley, y lo que decía era notoriamente opuesto a los intereses dogmáticos de los jefes religiosos de Jerusalén. El Maestro había dicho: “Dios no puede perdonar a quienes no perdonan a sus hermanos”. Pero nada más lejos de los defensores de la ortodoxia que el perdón: estaban convencidos de que el carpintero de Nazaret tenía que ser detenido y condenado como un peligroso trasgresor de la sagrada ley judía.



Fue en Cafarnaum, a orillas del lago, donde tuvieron lugar los sucesos extraordinarios que precipitaron el rechazo y la condena. Miles de almas anhelantes de salvación se habían venido congregando desde principios de semana en un campamento improvisado, y ya mediada la semana los víveres estaban a punto

de agotarse. Entre el gentío corría el rumor de que los seguidores de Jesús habían elegido este lugar apartado para coronarlo rey. Los apóstoles alarmados le comunicaron al Maestro la escasez de víveres. Con su calma habitual, Jesús preguntó cuánto era el alimento de que disponían. Andrés le dijo que sólo les quedaban cinco panes de cebada y dos pescados secos. Jesús mandó traer los peces y los panes y, dando gracias a su Padre celestial, comenzó a partirlos en trozos y a dárselos a sus apóstoles en una multiplicación que parecía no tener límite. Cuando la multitud se hartó de comer, el Maestro ordenó que se recogieran los trozos restantes, con los que se llenaron doce canastos. Entre el gentío satisfecho y eufórico empezaron a oírse las primeras reacciones al portento: “Este es nuestro rey. ¡Háganlo rey!”

Por siglos a los judíos se les había enseñado en las sinagogas que el Mesías vendría rodeado de abundancia. El hijo de David haría que la tierra rebosara de nuevo de leche y miel, y que a todos les sería otorgado el pan de la vida. Era natural que cientos de voces comenzaran a celebrar al carpintero de Nazaret como el nuevo rey, hasta que el propio Jesús, subiéndose sobre una gran piedra, decidió cortar la euforia: “Quieren hacerme rey, no porque sus almas han sido iluminadas por una gran verdad, sino porque sus estómagos han sido saciados de pan. ¿Cuántas veces les he dicho que mi reino no es de este mundo? El reino de los cielos que nosotros proclamamos es una fraternidad espiritual, y ningún hombre lo gobierna sentado en un trono material... Ahora váyanse todos de aquí a sus propias casas. Si necesitan a un rey, que el Padre celestial sea entronizado en el corazón de cada uno de ustedes como Soberano espiritual de todas las cosas...”.

Con estas palabras Jesús perdió a muchos de los que lo seguían convencidos de que era el Mesías, y sembró el desánimo entre algunos de sus apóstoles. La multiplicación milagrosa de los panes y de los peces, junto con la intención de la plebe

de convertirlo en rey, llegaron amplificadas a los oídos de los jefes religiosos de Jerusalén. Una comitiva del Sanedrín se reunió con Herodes Antipas en Tiberíades con la intención de convencerlo de que Jesús de Nazaret era un loco peligroso que incitaba a la rebelión. Pero Herodes, atemorizado y atribulado por la posible venganza del espíritu de Juan el Bautista a quien había mandado matar, y habiéndose informado de que Jesús había renunciado públicamente al trono de David, se negó a emprender cualquier acción contra Jesús, y menos a considerarlo un delincuente político. Los guardianes del dogma y de la ortodoxia no se arredraron. A fuerza de presiones y amenazas obligaron a Herodes a firmar una orden de arresto para que Jesús fuera juzgado ante el Sanedrín por ofender las leyes sagradas y a los guardianes de la religión judía. Como consecuencia de la orden de arresto, Jesús y sus apóstoles fueron a refugiarse al norte de Galilea.

En un discurso memorable pronunciado en Sidón, Jesús arremetió contra los excesos nocivos de la ortodoxia: “En Jerusalén, los jefes religiosos han formulado un sistema establecido de creencias, una religión de autoridad, con las diversas doctrinas de sus instructores tradicionales y de los profetas de antaño. Ahora estamos a punto de entrar en un conflicto implacable con ese tipo de religión tradicional... La tradición es un refugio seguro y un sendero fácil para las almas temerosas... ¡Vergüenza deberían sentir esos falsos educadores religiosos, que quisieran arrastrar a las almas hambrientas al oscuro y lejano pasado, para luego abandonarlas allí!” Estas declaraciones de Jesús son medulares no sólo para entender su amplitud de miras, sino, y sobre todo, para comprender el encono con que fue juzgado y sacrificado por los teólogos autoritarios que consideraban que la verdad había sido dada de una vez y para siempre, y que ellos eran los únicos guardianes de esa verdad.

El breve tiempo que Jesús permaneció en Fenicia sirvió para que tanto Herodes como los miembros del Sanedrín aflojasen el

acoso. En algunas sinagogas volvió a permitirse la difusión de las enseñanzas del Maestro, y hubo cierto resentimiento popular en contra del Sanedrín.

Después de la transfiguración en el monte Hermón, donde Jesús decidió de manera irrevocable su destino y su espíritu alcanzó su máxima expresión terrenal, la comitiva emprendió una gira por las ciudades de la Decápolis. Natanael, que junto con Judas Iscariote era de los apóstoles más instruidos, aprovechó la cercanía del Maestro para hacerle la pregunta que se hacían muchos de los seguidores del evangelio, incluyendo a los fariseos convertidos: “Maestro, ¿cuál es la verdad sobre las Escrituras?, ¿al rechazar las enseñanzas de los rabinos, debemos también rechazar las Escrituras sagradas?” A lo que el Maestro respondió: “Natanael, las Escrituras son sagradas porque exponen los pensamientos y los actos de los hombres que buscaban a Dios, y que dejaron en estos escritos sus conceptos más elevados de la rectitud, la verdad y la santidad... Pero no te permitas creer en esos relatos de las Escrituras que dicen que el Dios de amor ordenó a tus antepasados que salieran a matar a todos sus enemigos, hombres, mujeres y niños. Estos documentos son palabras de hombres, de hombres no muy santos, pero no son la palabra de Dios... Nada de lo que la naturaleza humana ha tocado puede ser considerado como infalible... La cosa más deplorable no es simplemente esa idea errónea de que los relatos de las Escrituras son perfectos y que sus enseñanzas son infalibles, sino más bien la mala interpretación que los escribas y fariseos de Jerusalén, esclavizados por la tradición, hacen de estos escritos sagrados”. Natanael quedó profundamente conmocionado por las respuestas del Maestro y, mientras Jesús vivió, no se atrevió a compartir con nadie esta crítica radical de los guardianes del dogma y de la tradición.

Jesús volvió a Jerusalén conociendo que, aunque el pleno del Sanedrín no aceptaría el evangelio del reino de los cielos, muchos fariseos estaban ahora dispuestos a escucharlo. Entre

prédica y prédica, Jesús seguía obrando sus prodigiosas curaciones, lo que le había permitido recuperar su popularidad.

Un sábado en la mañana, al acercarse al templo de Jerusalén, Jesús vio a un ciego y no quiso desaprovechar la oportunidad para desafiar el tradicionalismo dogmático de los escribas y fariseos. Para la ley judía el sábado era un día sagrado, por lo que cualquier curación efectuada ese día sería considerada por el Sanedrín como un sacrilegio. Jesús se inclinó sobre la tierra y escupió para mezclar la arcilla con su saliva. Después se acercó al ciego y le puso la mezcla sobre sus ojos, al tiempo que decía: "Hijo mío, ve a lavar esta arcilla en el estanque de Siloé, y recibirás de inmediato la vista".

El ciego, llamado Josías, hizo lo que el Maestro le ordenó, y a media tarde era tal el alboroto que el Sanedrín, contraviniendo la regla que prohibía las reuniones el sábado, convocó a consejo en el templo. Jesús esperaba que los coléricos jefes de la religión lo mandaran llamar para acusarlo de haber hecho la curación en el día sábado, a lo que él replicaría que ellos también incurrían en la misma falta convocándolo ese día, pero los dirigentes del Sanedrín previeron la celada y decidieron llamar a Josías para que les relatase la supuesta curación milagrosa. Después de oír la declaración de Josías, uno de los miembros más ancianos dijo en tono exaltado: "Ese hombre no puede venir de Dios, porque, como pueden ver, no guarda el sábado. Viola la ley en primer lugar preparando la arcilla, y luego enviando a este mendigo a lavarse en Siloé en el día sábado. Un hombre que actúa así no puede ser un maestro enviado por Dios".

Uno de los fariseos jóvenes que empezaba a creer en Jesús dijo entonces: "Si ese hombre no ha sido enviado por Dios, ¿cómo puede hacer estas cosas? Sabemos que un vulgar pecador no puede realizar tales milagros. Todos conocemos a este mendigo y sabemos que nació ciego; pero ahora ve. ¿Van a seguir diciendo que ese profeta realiza todos estos prodigios por el poder del príncipe de los demonios?" Enseguida mandaron traer

a los padres de Josías para que testificasen la ceguera de su hijo, y ante las declaraciones de los ancianos y las del propio Josías ensalzando el poder milagroso de Jesús, el Sanedrín se disolvió dividido y escandalizado.



Y ahora llegamos a un escenario histórico pleno de ironía: el momento en que el profeta del amor y del perdón es *invitado* a la mesa de los que lo condenan sin juzgarlo. Nótese las cursivas, para subrayar la importancia, casi sagrada, que tenía ser invitado de honor de un miembro del Sanedrín. Estamos ante los que quizás sean los intentos más amorosos de Jesús por acercarse a los defensores del dogma y la tradición. Y el desenlace tiene visos de tragicomedia. El ejemplo histórico más grande que ha existido de tolerancia y pacifismo se enfrenta, como le sucederá a todos los visionarios en los siguientes dos mil años, a la necia cerrazón de la teocracia privilegiada que se niega a ceder un ápice de su poder.

La primera decepción tuvo lugar en Ragaba, Perea del norte, donde el Maestro fue invitado a un desayuno en casa de uno de los fariseos más ricos e influyentes de la región. Algunos de sus compañeros ya eran abiertos partidarios de Jesús, así que el rico fariseo convocó a una veintena de sus mejores amigos al desayuno donde el Maestro era el huésped de honor. Jesús tomó asiento a la izquierda del anfitrión, sin lavarse las manos en las palanganas de purificación, pues ya lo había hecho previamente. Los fariseos, que eran los más predispuestos a aceptar las enseñanzas de Jesús, sabían que era reacio a cumplir las excesivas ritualidades a que estaban encadenados los judíos por la tradición. Como los fariseos se lavaban las manos dos veces antes

de comer y una vez más después del servicio de cada plato, el anfitrión se escandalizó por la actitud del Maestro, y enseguida comenzó a chismear con uno de los fariseos más dogmáticos que estaba sentado a su derecha. Viendo las miradas burlonas, Jesús decidió intervenir: “Creí que me habían invitado a esta casa para compartir el pan con ustedes y quizás para hacerme preguntas sobre la proclamación del nuevo evangelio del reino de Dios; pero percibo que me han traído aquí para presenciar una exhibición de devoción ceremonial a su propia presunción... Muchos de ustedes, fariseos, están aquí conmigo como amigos y algunos son incluso mis discípulos, pero la mayoría de los fariseos persisten en negarse a ver la luz y en no reconocer la verdad, aunque la obra del evangelio se les presente con un gran poder. ¡Con cuánto cuidado limpian el exterior de las copas y de los platos, mientras que los recipientes del alimento espiritual están sucios y contaminados. Se aseguran de mostrarle al pueblo una apariencia piadosa y santa, pero su alma está llena de presunción, de codicia, de extorsión y de todo tipo de maldad espiritual... ¿No comprenden, insensatos, que el Dios del cielo mira los movimientos internos del alma, así como sus fingimientos exteriores y sus ostentaciones de piedad? ¡Ay de ustedes, fariseos, que han persistido en rechazar la luz de la vida!”

En el momento en que el Maestro se levantó para marcharse, uno de los juristas invitados lo abordó: “Pero, Maestro, en algunas de tus declaraciones también nos haces reproches. ¿No hay nada bueno entre nosotros los escribas, los fariseos y los juristas? A lo que Jesús respondió: “Ustedes los juristas, al igual que los fariseos, se deleitan en ocupar los mejores lugares en las fiestas y en lucir largas túnicas, mientras que colocan unas cargas pesadas, difíciles de llevar, sobre los hombros de la gente. Y cuando las almas de los hombres se tambalean debajo de esas pesadas cargas, no levantan ni uno solo de sus dedos. ¡Ay de ustedes, que encuentran su mayor satisfacción en construir tumbas para los profetas que sus padres mataron!”

Después de hablar, Jesús salió dejando tras de sí un violento revoloteo de comentarios.

El segundo encuentro tuvo lugar en Filadelfia. La sinagoga de esta ciudad nunca había aceptado las sanciones del Sanedrín de Jerusalén en contra de Jesús, y estaba abierta a las prédicas del Maestro y de sus discípulos. Los judíos de Jerusalén y los judíos de Filadelfia tenían francas disensiones de tiempo atrás, y estas disensiones serían heredadas después de la muerte de Jesús por sus discípulos. El jefe del evangelio del reino en Filadelfia era Abner, que había sido el discípulo predilecto de Juan el Bautista. Pero Abner, tras la muerte del Maestro, se iría distanciando cada vez más de las enseñanzas de Pablo, hasta llegar a una drástica ruptura. Esto explica porqué en ningún pasaje del *Nuevo Testamento* aparece la menor referencia a Abner y a sus discípulos, que convirtieron a Filadelfia en el corazón de la primitiva iglesia cristiana del sur.

En Filadelfia, otro fariseo influyente que había aceptado las enseñanzas de Abner invitó a Jesús a desayunar un sábado. Alrededor de cuarenta fariseos y juristas esperaban con inquietud la presencia del Maestro. Jesús fue recibido por Abner y se quedó hablando con él unos instantes cerca de la puerta. El anfitrión y los comensales ocuparon sus lugares, dejando para el Maestro el sitio de honor a la izquierda del dueño de la casa. En ese momento llegó de Jerusalén uno de los fariseos miembros del Sanedrín y se dirigió directamente al asiento destinado a Jesús. Entonces el anfitrión le pidió al recién llegado que se levantara, señalándole el cuarto asiento a su izquierda. Al instante en la mente mezquina del fariseo comenzó a incubarse un odio visceral. Una vez más el Maestro se sentó sin hacer caso de los ritos dogmáticos. Hacia el final de la comida un hombre enfermo entró decidido en la sala. Al instante el fariseo molesto expresó su indignación porque se permitiera entrar en la estancia a un indigente como ese. Pero Jesús miró con benevolencia al enfermo y éste, como un perro dócil, fue a sentarse a su lado en el piso. Con dulzura, y

aprovechando el desconcierto, El Maestro habló: “Amigos míos, educadores de Israel y expertos juristas, me gustaría hacerles una pregunta: ¿Es lícito, o no, curar a los enfermos y a los afligidos en el día sábado?” Como nadie se atrevió a responder, Jesús tomó de la mano al enfermo y le dijo: “Levántate y sigue tu camino. No has pedido la curación, pero conozco el deseo de tu corazón y la fe de tu alma”. Luego se dirigió a los comensales: “Mi Padre hace estas obras, no para inducirlos a entrar en el reino, sino para revelarse a los que ya están en el reino. Pueden percibir que sería muy propio del Padre hacer precisamente estas cosas, porque ¿quién de ustedes, si su animal favorito se cayera en el pozo el día sábado, no saldría inmediatamente para sacarlo de allí?” Ante el rígido silencio Jesús prosiguió: “Hermanos míos, cuando los inviten a un banquete nupcial no se sienten en el asiento principal, no sea que un hombre más ilustre que ustedes haya sido invitado, y el anfitrión tenga que venir a rogarles que dejen su sitio al otro huésped de honor. En ese caso se les pedirá, para su vergüenza, que ocupen un sitio inferior en la mesa. Cuando los inviten a una fiesta, es una demostración de sabiduría, al llegar a la mesa del festín, buscar el asiento más humilde y sentarse allí, de tal manera que cuando el anfitrión examine a los convidados, pueda decir: “Amigo mío, ¿por qué te has sentado en el asiento más humilde? Ven más arriba”; y así este hombre será glorificado en presencia de los demás invitados. No lo olviden: el que se ensalza a sí mismo será humillado, mientras que el que se humilla sinceramente será ensalzado”. Estas palabras luminosas hirieron el empozado orgullo del miembro del Sanedrín y el de otros fariseos, quienes ya no quisieron prestarle atención a las enseñanzas que el Maestro siguió prodigando.



Mientras Jesús seguía predicando en Filadelfia, un mensajero le trajo desde Betania un escueto recado de Marta y María, las hermanas de Lázaro: “Señor, aquel que amas está muy enfermo”. Jesús sentía por los tres hermanos el más sincero cariño; los conocía desde sus primeras idas a Jerusalén, pues solía quedarse en su casa a pernoctar. Al momento de recibir la noticia, la mente privilegiada del Maestro vislumbró la oportunidad excepcional que se le brindaba para glorificar al Padre celestial y poner de manifiesto el verdadero poder espiritual de su Hijo.

Los apóstoles trataron de persuadir al Maestro del riesgo que implicaba regresar a Judea, donde por órdenes del Sanedrín habían estado a punto de aprehenderlo. Como Jesús siguió firme en su convicción de ir a Betania para dar una muestra excepcional del poder del Padre, Tomás se dirigió a los demás apóstoles que estaban mascullando en señal de desaprobación: “Ya le hemos expresado nuestros temores al Maestro, pero él está decidido a ir a Betania. Estoy convencido de que esto significa el fin; lo matarán con toda seguridad, mas si ésta es la elección del Maestro, entonces comportémonos como hombres valientes y vayamos también para poder morir con él”.

Tenían los judíos por tradición la costumbre de enterrar a sus muertos el mismo día de su fallecimiento, por el rigor caluroso del clima. Era frecuente que, por esta práctica presurosa, algunos enfermos dados por muertos profririeran después gritos desde su tumba. Desde hacía mucho tiempo los dirigentes religiosos habían dejado establecido que a partir del tercer día del fallecimiento el alma se liberaba definitivamente del cuerpo, por lo que éste se descomponía. Sabiendo ya que Lázaro había muerto, y para que el portento que iba a realizar llegara a oídos del Sanedrín enmarcado de poder y gloria, Jesús decidió retrasar hasta el límite la partida.

Cuando al fin el Maestro y su comitiva se acercaban a Betania, Marta salió a su encuentro y le dijo entre sollozos que Lázaro había muerto hacía cuatro días y que ya habían colocado la losa a

la entrada de la tumba. Los tres hermanos eran fervientes seguidores del Maestro, pero esta demora inexplicable supuso para las dos hermanas un golpe demoledor contra su fe. Arrojándose a los pies de Jesús, Marta le reclamó: "Maestro, ¿si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto!" Jesús le tendió la mano para levantarla, al tiempo que le decía: "Únicamente ten fe, Marta, y tu hermano resucitará". A lo que Marta respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día". Entonces Jesús se conmovió por el sincero abatimiento de esa mujer cuya dulzura de carácter se había mantenido desde que eran adolescentes, y le dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá. En verdad, cualquiera que vive y cree en mí no morirá nunca realmente. Marta, ¿crees en esto?" Y Marta, secándose las lágrimas que le escurrían copiosamente por el rostro, dijo: "Sí, creo desde hace mucho tiempo que tú eres el Libertador, el Hijo del Dios vivo, aquel que debía venir a este mundo".

Poco después llegó María y se repitió la escena de llanto y reclamos, mientras un nutrido grupo de conocidos de la familia contemplaba a la distancia el cuadro patético preguntándose: ¿Si tanto lo amaba, por qué no vino antes? Tras consolar igualmente a María, Jesús preguntó dónde lo habían enterado. Una vez que el Maestro fue conducido ante el sepulcro en la parte trasera del jardín de la casa, ordenó que quitasen la piedra. A lo que Marta, temiendo la visión tan desagradable, adujo que con toda seguridad el cuerpo de su hermano ya estaría en descomposición. Como ni Marta ni nadie del grupo se movió, Jesús los encaró: "¿Por qué dudan? ¿Cuánto tiempo necesitarán para creer y obedecer?" Enseguida los apóstoles procedieron a hacer rodar la pesada losa.

Frente al cuerpo vendado de Lázaro, Jesús comenzó a orar y a pedirle al Padre celestial la manifestación de su poder. Una vez que concluyó, se dirigió a viva voz al cuerpo que yacía inmóvil: "Lázaro, ¡sal a la luz!" La envoltura inerte comenzó a moverse hasta que se incorporó sobre la mesa de piedra donde estaba

depositada. “Desátenlo y déjenlo salir”, volvió a ordenar Jesús. Al ver como Lázaro salía caminando, casi todos los presentes, con la excepción de los apóstoles y de las hermanas del resucitado, huyeron presas del pánico.

Una muchedumbre de curiosos se acercó desde temprano a casa de Lázaro para comprobar personalmente el prodigio. Entre el gentío iban y venían mensajeros del Sanedrín, que había convocado a un consejo extraordinario. No eran pocos los miembros del Sanedrín que ya se habían declarado abiertamente a favor de la aprehensión de Jesús, para condenarlo por blasfemo y por desacato a la ley sagrada. Sin embargo, al ver ahora cómo algunos de los miembros más ortodoxos gritaban en el consejo exigiendo sin dilación la condena a muerte de Jesús, más de una docena de fariseos dimitieron en grupo por negarse a ser cómplices de la arbitrariedad que se pretendía cometer, en contra de la propia ley que enarbolaban.

A la semana siguiente del milagro, Lázaro, Marta y María fueron requeridos por el Sanedrín para relatar los sucesos extraordinarios en torno a la resurrección, y que ya eran motivo de corrillos por todo Jerusalén. Los enemigos recalcitrantes de Jesús oyeron tensos y acolmillados los pormenores del portento, y tuvieron que asentar en actas que, aunque no admitían contradicción los testimonios de los tres hermanos sobre la veracidad de la resurrección, no podía haber la menor duda de que, tanto este milagro como todos los demás que se le atribuían a Jesús, se debían a la intercesión del príncipe de los demonios.

Fue Caifás, el sumo sacerdote en función, el que planteó entonces con énfasis justiciero la trascendental disyuntiva ante la que se encontraban. Si este profeta aliado del poder de las tinieblas no era detenido de inmediato, pronto la gente ignorante correría detrás de él vitoreándolo como el Mesías liberador de Israel, y esto traería gravísimas consecuencias con las autoridades romanas. Lo que sucedió después quedó resumido en la

célebre frase de Caifás: “Es mejor que muera un solo hombre, a que perezca toda la comunidad”.

La sentencia de Caifás es la seña de identidad de los peores actos represivos: aquellos que se centran en la aniquilación sistemática de los mejores hombres y mujeres de su tiempo. Los que condenan a Jesús por miedo a perder sus privilegios, pertenecen a la misma calaña de los que han condenado a muerte a todos los innovadores en todos los tiempos. A esta afectación morbosa, Ortega y Gasset le llamaba *misoneísmo* (aversión a lo nuevo), que también podría entenderse como una forma de *aristofobia* (rechazo a lo mejor).

Hacia finales de marzo Jesús y sus seguidores decidieron acampar en Livias, camino a Jerusalén. Simón Celotes y Simón Pedro, que se negaban a aceptar que el Maestro no era el Mesías liberador del yugo romano, consiguieron y distribuyeron cien espadas a todos los que convinieron en llevarlas ocultas bajo sus mantos. Jesús, en plena fase de comunión con su Padre celestial, conocía estas intenciones belicosas de algunos de sus discípulos y apóstoles y sabía también el inminente final que le estaba destinado. A la mañana siguiente muy temprano le dijo a Andrés que congregara a los apóstoles pues les tenía algo urgente que decir. Ya que los tuvo en torno a él, el Maestro habló en un tono serio y sentencioso: “Hijos míos, han estado conmigo mucho tiempo, y les he enseñado muchas cosas que son útiles para esta época; pero ahora quisiera advertirles que no pongan su confianza en las incertidumbres de la carne ni en las debilidades de la defensa humana, contra las pruebas y aflicciones que nos esperan. Los he reunido aquí para poderles decir una vez más, claramente, que vamos a Jerusalén, donde ya saben que el Hijo del Hombre ha sido condenado a muerte. Les digo de nuevo que el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los dirigentes religiosos, los cuales lo condenarán y luego lo entregarán a los gentiles. Y así, se burlarán del Hijo del Hombre, incluso le escupirán y lo azotarán, y lo entregarán a la muerte. Y cuando

maten al Hijo del Hombre, no se sientan consternados, porque les declaro que al tercer día resucitará. Cuiden de ustedes mismos y recuerden que les he prevenido". Pero los consternados apóstoles no quisieron aceptar literalmente lo que el Maestro les decía y prefirieron quedarse con la idea de que una vez más el sabio guía había recurrido a las parábolas.

Durante toda su vida el Maestro no desperdició ocasión alguna para ayudar a los necesitados. Ahora, en camino hacia la muerte segura, puso en práctica de manera excepcional este método de ayudar mientras iba de paso. Predicó y curó con toda su inteligencia y amor, por eso cientos de enfermos y afligidos salían a buscarlo. Días antes de la Pascua, en una fiesta que se les ofreció al Maestro y a Lázaro en casa de Simón, tuvo lugar un acontecimiento que fue determinante para que Judas Iscariote consumara la traición.

Los agentes del Sanedrín revoloteaban como zopilotes en busca de la ocasión para echar sus garras sobre Jesús. Pero era tal la muchedumbre que rodeaba al Maestro, que el temor los mantenía en una defensiva expectante. La tradición judía no permitía que las mujeres se sentasen con los hombres en los banquetes públicos. María, la hermana de Lázaro, se mantuvo en el grupo donde estaban las mujeres observando y hacia el final del festejo se acercó a Jesús con un gran frasco de alabastro entre las manos. Después de ungir la cabeza del maestro, se arrodilló y vertió parte del contenido sobre los pies del que amaba con todo su corazón y espíritu. En el frasco había esencia de nardo, la flor favorita del maestro, y María había estado ahorrando durante mucho tiempo para comprar el perfume, con el que pensaba embalsamar el cuerpo de Jesús tras su muerte. Ahora, a raíz de lo que el Maestro había hecho por su hermano Lázaro, María decidió que era mejor obsequiarle el presente a Jesús mientras aún estaba vivo. Todos los presentes suspendieron el aliento al ver cómo María derramaba sobre los pies del Maestro y secaba con su pelo suelto ese ungüento que costaba el equivalente al

salario de un hombre durante un año. El exquisito olor a nardo impregnó toda la estancia y enseguida se soltó un revoloteo de contrariedades. Judas Iscariote, escandalizado por tanto gasto superfluo, se dirigió hacia donde estaba Andrés y le dijo: “¿Por qué no se ha vendido ese unguento y se ha dado el dinero para alimentar a los pobres? Deberías decirle al Maestro que censure públicamente ese derroche”.

Conociendo todo lo que allí se pensaba y decía, Jesús puso una mano sobre la cabeza de María, que seguía arrodillada a sus pies, y dijo: “Que cada uno de ustedes la deje en paz. ¿Por qué la molestan con esto, ya que ha hecho una buena cosa según su corazón? A los que murmuran y dicen que este unguento debería haberse vendido y el dinero entregado a los pobres, dejen que les diga que a los pobres los tendrán siempre con ustedes, de manera que podrán ayudarlos en cualquier momento que les parezca bien. Pero yo no estaré siempre con ustedes; pronto iré hacia mi Padre”.

Judas, de temperamento hipersensible y débil, tomó el regalo de manera personal. Se retiró humillado hacia el fondo de la estancia y allí se sumó al encono de los espías del Sanedrín, que compartían las críticas al derroche banal. Desde ese momento en la mente y en el corazón de Judas comenzó a crecer la llama vengativa que lo llevaría finalmente a la traición. En consonancia, los espías magnificaron lo sucedido ante sus dirigentes, y pusieron en boca de Lázaro frases de reconocimiento a Jesús como el Hijo del Dios vivo. Sin mayor discusión, el consejo del Sanedrín acordó que Lázaro también debía morir.



Durante siglos la tragedia que protagonizó Jesús de Nazaret ha propiciado una serie de montajes escénicos donde la culpabilidad se lanza entre los distintos actores como si fueran simples dardos retóricos. La teocracia católica culpa a la teocracia judía, y ésta, en un acto de burda prestidigitación histórica, señala con dedo tembloroso al profano yugo de Roma. Hasta aquí sólo hemos visto hechos y prédicas que se podrían circunscribir al ámbito estricto del poder religioso. Pero ahora vamos a ver cómo el profeta del perdón y del amor, al contemplar la perversidad que señorea el templo dedicado a su Padre, monta en repentina cólera y arremete frontalmente contra el sustento esencial de la teocracia parasitaria: el poder económico.

El Hijo del Hombre se negó a entrar en Jerusalén como un rey guerrero. Sabía que las multitudes esperaban con fervor su llegada, por eso decidió seguir al pie de la letra la proclama del profeta Zacarías: “Regocíjate mucho, oh hijo de Sión; da gritos de júbilo, oh hija de Jerusalén. He aquí que tu rey viene hacia ti. Es justo y trae la salvación. Viene como alguien humilde, montado en un asno, en un pollino, el hijo de una asna”.

Desde la salida de Betania, la multitud jubilosa comenzó a cantar: “Hosanna al hijo de David; bendito es el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas. Bendito sea el reino que desciende del cielo”. Ya en el monte Olivete, el Maestro de tuvo la procesión y, ante la extraordinaria vista panorámica que abarcaba la ciudad y las esplendentes torres del templo, no pudo evitar que unas lágrimas surcaran su rostro sublimado de bondad. Luego dijo: “¡Oh Jerusalén, si tan sólo hubieras conocido, tú también, al menos en este día tuyo, las cosas que pertenecen a tu paz, y que podrías haber tenido con tanta profusión! Pero ahora estas glorias están a punto de ocultarse a tus ojos. Estás a punto de rechazar al Hijo de la Paz y de volverle la espalda al evangelio de la salvación. Pronto vendrán los días en que tus enemigos abrirán una trinchera a tu alrededor, y te asediarán por todas partes; te destruirán por completo, de manera que no quedará

piedra sobre piedra. Y todo esto te sucederá porque no has reconocido la hora de tu visita divina. Estás a punto de rechazar el regalo de Dios, y todos los hombres te rechazarán”.

A semejanza de lo que sucede hoy día en los templos durante las grandes fiestas, donde las teocracias parasitarias venden toda clase de baratijas seudosagradas, el templo de Jerusalén era un inmenso mercado profano durante las fiestas de la Pascua. La ley levítica prescribía que los animales que se iban a ofrendar estuvieran libres de todo defecto. Los inspectores del templo rechazaban con cualquier pretexto los animales que traían los fieles, con el único propósito de que compraran los que para tal fin se vendían adentro del templo. Decenas de corrales contenían a los distintos animales propiciatorios, y su venta representaba una enorme cantidad de dinero. Una parte de las ganancias se destinaban al tesoro del templo, pero la porción más sustanciosa de la tajada iba directamente a los bolsillos de los más altos dirigentes religiosos. En los momentos de mayor demanda sacrificial, un solo par de palomas costaba el equivalente de una semana de trabajo. Aunados a este tráfico inmoral estaban también los bazares de distintas mercaderías y los puestos de los cambistas, que llegaban a cobrar entre el treinta y el cincuenta por ciento del valor de la transacción. Estos banqueros, en connivencia con los sacerdotes, cambiaban a siclos judíos (que era la moneda obligada para las transacciones efectuadas en el templo) todas las demás monedas que circulaban en el Imperio romano.

El lunes por la mañana, en medio de balidos, berridos y gritos mercaderiles, Jesús se subió al estrado de los instructores y se dispuso a dar a conocer las últimas enseñanzas sobre el evangelio del reino. Pero entonces se combinaron una serie de sucesos que terminaron desatando la indignación del Maestro. En la mesa de un cambista, un judío de Alejandría reclamaba el cobro excesivo que le habían hecho; más allá un hombre humilde estaba siendo maltratado y ridiculizado por unos judíos arrogantes; y como exceso detonante irrumpió de pronto en la escenografía

profana un mugiente ato de bueyes conducidos por un muchacho. Tras unos instantes de muda contemplación, Jesús bajó del estrado y, ante el asombro de sus apóstoles, le arrebató el látigo al boyero y sacó a latigazos a los animales del templo. Después, ya siendo el centro de una escenografía multitudinaria, comenzó a abrir las jaulas y establos para que salieran los animales. No tardó la euforia liberadora en contagiar a la muchedumbre y pronto comenzaron a volcar las mesas de los cambistas y de los comerciantes. Cuando llegaron los guardias romanos poco después, Jesús había vuelto a subirse al estrado y le decía en tono majestuoso a la multitud congregada: “Hoy han presenciado lo que está escrito en las Escrituras: Mi casa será llamada una casa de oración para todas las naciones, pero han hecho de ella una cueva de ladrones”. De la multitud brotaron espontáneos cantos de alabanza y los apóstoles, al ver la expresión furibunda de los sacerdotes que se acercaban enterados de la provocación y el desorden, decidieron poner control en las entradas para que nadie se atreviera a molestar al Maestro.

Esta actitud inusitada de Jesús, desafiando abiertamente los intereses profanos y mezquinos de la teocracia judía, pone de manifiesto una doble faceta básica de su evangelio: Por un lado muestra el rechazo radical de Jesús hacia la comercialización de las prácticas religiosas (desgraciadamente tan en boga en nuestros días); y por el otro legitima el uso de la fuerza ciudadana contra la injusticia y la inmoralidad de cualquier forma de poder —político, económico o religioso— que pretenda medrar a expensas de los pobres y de los que menos saben.

Y no podía ser otra la respuesta: el Sanedrín se reunió de emergencia y decretó que el carpintero de Nazaret debería ser ajusticiado con la mayor premura para evitar un levantamiento popular. Entre los escribas, fariseos y saduceos que odiaban a Jesús, existía el temor de una reacción violenta en caso de que lo arrestasen en público. Por eso acordaron esperar el momento propicio, y dedicarse a desacreditarlo haciéndole preguntas

capciosas mientras predicaba en el templo. Por varios días la sabiduría del Maestro resistió impecablemente el acoso dogmático e insidioso de los sacerdotes. De entre todas las trampas que los detentadores de la ley le tendieron, solo una merece transcribirse por su significación y trascendencia.

Un grupo de jóvenes estudiantes, aleccionados por los dirigentes religiosos, se acercó al Maestro para hacerle esta pregunta tendenciosa: “¿Es lícito que paguemos tributo al César? ¿Hemos de pagarlo o no?” Percibiendo la intención hipócrita, Jesús les respondió: “¿Por qué vienen a tentarme de esta manera? Muéstrenme el dinero del tributo y les responderé”. Los estudiantes le dieron enseguida un denario. Después de examinarlo, Jesús dijo: “¿De quién es la imagen y la inscripción que lleva esta moneda?” Un coro de voces se elevó: “Del César”. Entonces Jesús replicó: “Den al César las cosas que son del César, y den a Dios las cosas que son de Dios”.

Como Pilatos y Herodes se hallaban en aquel momento en Jerusalén, los enemigos de Jesús le habían tendido la trampa más sutil que hasta ahora habían podido concebir: si el Maestro hubiera respondido *no* a la pregunta de los estudiantes, de inmediato lo acusarían de incitar a la rebelión; si hubiera dicho que sí era lícito pagar tributo al César, habría herido el sentimiento nacionalista de los judíos, con el consecuente repudio de todos los movimientos a favor de la independencia. Pero la respuesta que dio Jesús fue una muestra excelsa de sabiduría, que puso al Sanedrín al borde de la histeria.

El martes por la tarde, con el templo libre de cambistas y mercaderes, Jesús se dispuso a pronunciar su último discurso. Subió al estrado de los instructores y comenzó haciendo un recuento del modo cómo los dirigentes religiosos del pueblo judío habían perseguido y asesinado a sus profetas generación tras generación. Y ya que enumeró los agravios y habló de la misericordia celestial para los arrepentidos, subió el tono para amonestar por última vez a los que por siglos habían oprimido

al pueblo judío con ceremonias y esclavizado con tradiciones: “¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! Quisieran cerrar las puertas del reino de los cielos a los hombres sinceros, sólo porque ignoran los caminos de su enseñanza. Se niegan a entrar en el reino, y al mismo tiempo hacen todo lo que pueden para impedir que entren todos los demás. Permanecen de espaldas a las puertas de la salvación, y luchan contra todos los que quieren entrar.

“¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, tan hipócritas como son! Porque recorren en verdad la tierra y el mar para hacer un prosélito, y cuando lo consiguen, no se sienten satisfechos hasta hacerlo dos veces peor de lo que era como hijo de los paganos.

“¡Ay de ustedes, sacerdotes principales y dirigentes, que se adueñan de los bienes de los pobres y exigen impuestos opresivos a los que quieren servir a Dios como creen que Moisés lo ordenó! Ustedes, que se niegan a mostrar misericordia, ¿pueden esperar misericordia en los mundos venideros?

“¡Ay de ustedes, falsos educadores y guías ciegos! ¿Qué se puede esperar de una nación cuando los ciegos conducen a los ciegos? Los dos tropezarán y caerán al abismo de la destrucción.

“¡Ay de todos ustedes que rechazan la verdad y desprecian la misericordia! Muchos de ustedes se parecen a los sepulcros blanqueados, que aparecen hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo tipo de impurezas. Así es con ustedes, que rechazan a sabiendas el consejo de Dios, aparecen exteriormente ante los hombres como santos y rectos, pero por dentro su corazón está lleno de hipocresía y de iniquidad.

“¡Ay de ustedes, guías falsos de una nación! Han construido allá un monumento a los antiguos profetas martirizados, mientras conspiran para destruir a Aquel de quien ellos hablan. Adornan las tumbas de los justos y presumen de que si hubieran vivido en la época de sus padres, no hubieran matado a los profetas; y luego, a pesar de este pensamiento presuntuoso, se

preparan para asesinar a aquel de quien hablaban los profetas: el Hijo del Hombre. En vista de que hacen estas cosas, testifican contra ustedes mismos de que son los hijos perversos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Continúen pues, llenen hasta el borde la copa de su condenación!”

He querido magnificar esta última alocución del Maestro para dejar bien clara la ominosa carga histórica que conlleva. De manera mañosa y artera algunos dirigentes de la Iglesia católica han insistido en la culpabilidad insoslayable de todo el pueblo judío por el asesinato brutal de este hombre tan sabio y bondadoso. Pero el propio Jesús fue muy preciso al señalar que los únicos culpables de su anunciado martirio eran los dirigentes religiosos, es decir, los escribas, fariseos y saduceos. Si desde un punto de vista histórico es absurdo culpar de este crimen a toda la nación judía (pasada, presente y futura), desde un punto de vista religioso sería una verdadera aberración. Si bien es cierto que el Maestro profetizó en repetidas ocasiones la destrucción de Jerusalén (cumplimentada bárbaramente por los ejércitos de Tito en el año 70 de la era cristiana), en ningún momento le negó la salvación espiritual y dejó de reconfortar al pueblo judío oprimido. Lo que Jesús rechazó una y otra vez en sus prédicas fue a la teocracia parasitaria que usufructuaba, y aún sigue usufructuando, la miseria y la ignorancia del pueblo.

Ese mismo martes por la noche, el Sanedrín convocó a una reunión extraordinaria en la que, por unanimidad, se oficializó la sentencia de muerte contra Jesús de Nazaret. Repárese en que no se acordó la aprehensión de Jesús para ser juzgado, sino que, sin el menor respeto por las leyes judía y romana, se dictó su sentencia de muerte. El Hijo del Hombre había intentado, en su última alocución, abrirles los ojos del espíritu a los miembros del Sanedrín; pero en vez de perdón y humildad, esta casta de parásitos dogmáticos se enfureció aún más y no titubeó en ordenar el arresto de Jesús, a sabiendas de que contravenían todas las leyes.

Mientras el alto tribunal judío acordaba la injusta e inmoral sentencia a muerte de Jesús, éste y sus apóstoles emprendieron el camino de regreso al campamento que habían instalado en Getsemaní. En un respiro que tomaron a medio camino, Jesús les dijo: "Están viendo estas piedras y este templo macizo; en verdad, en verdad les digo que en los días que pronto llegarán, no quedará piedra sobre piedra. Todas serán derribadas". Siguieron luego caminando en silencio y poco después el Maestro se detuvo para contemplar la belleza nocturna de la ciudad, con las luces del templo destellando su fascinación sagrada. Aprovechando el descanso, Natanael se acercó a Jesús y le dijo: "Dinos, Maestro, ¿cómo sabremos que esos acontecimientos están a punto de suceder?" A lo que Jesús respondió: "Estoy a punto de dejarlos; voy hacia el Padre. Después de que me haya ido, tengan cuidado de que nadie los engañe, porque muchos vendrán como liberadores y conducirán a mucha gente por el camino equivocado. Cuando escuchen hablar de guerras y de rumores de guerras, no se preocupen, porque aunque todas esas cosas sucederán, el fin de Jerusalén aún no está cerca. No se inquieten por la hambruna o los terremotos; tampoco deben preocuparse cuando sean entregados a las autoridades civiles y sean perseguidos a causa del evangelio. Serán expulsados de la sinagoga e irán a la cárcel por mi causa, y algunos de ustedes serán ejecutados. Cuando sean llevados ante los gobernadores y los dirigentes, será para dar testimonio de su fe y para mostrar su firmeza en el evangelio del reino. Cuando estén en presencia de los jueces, no se inquieten de antemano por lo que van a decir, porque el espíritu les enseñará en esa misma hora lo que deberán contestar a sus adversarios. En esos días de dolor, incluso sus propios parientes, bajo la dirección de los que han rechazado al Hijo del Hombre, los entregarán a la cárcel y a la muerte. Durante un tiempo, puede ser que todos los hombres los odien por mi causa, pero incluso durante esas persecuciones no los abandonaré; mi espíritu no

los dejará. ¡Tengan paciencia! No duden de que este evangelio del reino triunfará sobre todos sus enemigos, y será proclamado finalmente a todas las naciones”.

Estas profecías cayeron como una pesada lápida sobre los consternados apóstoles. En medio del tenso silencio, Andrés dijo entonces: “Pero, Maestro, si la ciudad santa y el templo van a ser destruidos, y si tú no estarás para dirigirnos, ¿cuándo deberemos abandonar Jerusalén?” Jesús apartó la vista del escenario esplendente que enmarcaba ese momento ritual y encaró al jefe de los apóstoles: “Pueden permanecer en la ciudad después de mi partida, e incluso durante esos tiempos de dolor y de crueles persecuciones, pero cuando vean finalmente que Jerusalén está siendo rodeada por los ejércitos romanos, después de la revuelta de los falsos profetas, entonces sabrán que su desolación está próxima; entonces deberán huir a las montañas. Que nadie que esté en la ciudad y sus alrededores se detenga para salvar nada, y que los que estén fuera no se atrevan a entrar. Habrá una gran tribulación, porque serán los días de la venganza de los gentiles. Después de que hayan abandonado la ciudad, este pueblo desobediente caerá derribado por el filo de la espada y será llevado cautivo por todas las naciones; Jerusalén será así pisoteada por los gentiles...”

Jesús les ordenó a sus apóstoles que permanecieran en el campamento y no bajasen a Jerusalén. Pero Judas, que ya había decidido desertar del grupo, desapareció del campamento y fue a reunirse con algunos amigos saduceos de su padre. Aunque no dudaba de la bondad del Maestro, para Judas era cada vez más claro que Jesús de Nazaret y todo su movimiento estaba condenado al fracaso. El anuncio de su muerte inminente hecho en varias ocasiones por el Maestro, así como la indignación que sentía por los vínculos más estrechos que el Maestro tenía con Andrés, Pedro, Santiago y Juan, obnubilaron por completo la mente del tesorero apostólico. Aleccionado por los saduceos cercanos a su familia, que le hicieron creer que su deserción sería

celebrada por los dirigentes enemigos de Jesús, Judas fue conducido por su primo directamente a casa de Caifás.

El móvil determinante de la traición de Judas no fue el afán de recompensa material. Tampoco tiene ningún fundamento lo sostenido en esos manuscritos amañados que pretenden hacernos creer que Judas cometió la traición de acuerdo a las instrucciones dadas por el Maestro. Por la manera en que se comportó después de entregar a Jesús —despreciando las monedas que le dio Caifás y ahorcándose de una higuera— lo más verosímil es que Judas Iscariote fue víctima de su propia soberbia. Como sucede con todos los traidores y delatores, en Judas confluyeron dos tipos de emociones sicopatológicas difíciles de controlar: el rencor emanado de un sentimiento de inferioridad y menosprecio, y el deseo desmedido de destacar. El afán vengativo, alimentado por la ambición más desesperada y el más ciego egoísmo ha manchado una y otra vez de sangre e ignominia las mejores aportaciones de la humanidad.



En el campamento de Getsemaní las noticias que llegaban eran cada vez más aterradoras. Lázaro había huido de Betania, y la inminencia de la aprehensión de Jesús se sentía como una sombra ominosa que llenaba de zozobra los corazones de los seguidores del Hijo del Hombre. Aunque el Maestro siguió instruyéndolos sobre el evangelio del reino, la atención de los apóstoles estaba centrada en las noticias desasosegantes que los mensajeros traían sin cesar.

En secreto, Jesús acordó con Elías, el padre de Juan Marcos, los preparativos para la Última Cena. Descendieron del Olivete el jueves por la tarde, con los apóstoles temerosos y confundidos

por el deseo del Maestro de adelantar la cena pascual, que por tradición se celebraba el viernes. Al llegar al punto donde días antes había profetizado la destrucción de Jerusalén, Jesús se detuvo con la intención de que el sol se ocultara antes de que entrasen en Jerusalén. Les pidió a los apóstoles que se sentaran en torno a él, y les habló: “Contemplan esta ciudad con tristeza, porque han escuchado mis palabras sobre el fin de Jerusalén. Les he prevenido de antemano para que no perezcan en su destrucción y se retrase así la proclamación del evangelio del reino. Les advierto asimismo que tengan cuidado y no se expongan innecesariamente al peligro cuando vengan a llevarse al Hijo del Hombre. Es indispensable que me vaya, pero ustedes deben quedarse para dar testimonio de este evangelio cuando yo me haya ido, tal como le ordené a Lázaro que huyera de la ira de los hombres, para que pudiera vivir y dar a conocer la gloria de Dios. Si es voluntad del Padre que me vaya, nada de lo que hagan podrá frustrar el plan divino. Cuiden de ustedes mismos para que no los maten también. Que sus almas defiendan valientemente el evangelio con el poder del espíritu, pero no se equivoquen tratando tontamente de defender al Hijo del Hombre. No necesito ninguna protección humana; los ejércitos del cielo están cerca en este mismo momento; pero estoy decidido a hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos, y por eso debemos someternos a lo que muy pronto nos va a suceder”.

Ya en la cena, y después de lavarles los pies a los apóstoles, Jesús señaló a Judas Iscariote cómo el que lo iba a traicionar. El tesorero del grupo se levantó humillado del asiento de honor que había ocupado ladinamente a la izquierda del Maestro, y salió intempestivamente de la sala sin que los demás apóstoles tuviesen claro el motivo. Entonces Jesús les dijo que esa era la última cena que iban a celebrar juntos, y al compartir el pan y el vino instituyó el único rito sacramental del evangelio del reino. Les dio también un nuevo mandamiento: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado. De esta manera, si se aman así los

unos a los otros, todos los hombres sabrán que son mis discípulos". Entre las múltiples recomendaciones y advertencias volvió a insistir sobre su muerte inminente y la posterior resurrección: "Les he advertido que el Hijo del Hombre será ejecutado, pero les aseguro que volveré antes de ir hacia el Padre, aunque sólo sea por poco tiempo".

Finalizada la cena y las prevenciones hechas al grupo, El Maestro se levantó y habló por separado con cada uno de los apóstoles. Empezó con Juan, el más Joven; y terminó con Pedro, el más lenguaraz y sin duda el mejor orador de todos. Al oír las palabras del Maestro pidiéndole que fuera más reflexivo en su elocuencia y menos presuntuoso, y que estuviera alerta ante los peligros que esa misma noche iban a correr, Pedro replicó: "Maestro, no importa que todos mis hermanos sucumban a las dudas por tu causa; prometo que no tropezaré por nada de lo que puedas hacer. Iré contigo y, si es preciso, moriré por ti". Viendo la emoción desbordada de Pedro, el Maestro dijo contristado: "Pedro, en verdad, en verdad te digo que el gallo no cantará esta noche hasta que me hayas negado tres o cuatro veces. Y así, lo que no has logrado aprender mediante tu asociación pacífica conmigo, lo aprenderás a través de muchas dificultades y grandes tristezas". A continuación cantaron juntos dando gracias al Padre celestial y partieron hacia el campamento en el Monte de los Olivos.

Era cercana la medianoche cuando la comitiva llegó al campamento. El Maestro les dijo a los once apóstoles que lo siguieran hacia un promontorio rocoso desde donde se contemplaba Jerusalén en todo su esplendor nocturno y les pidió que se arrodillaran a su alrededor, como lo habían hecho el día de su ordenación. Luego, con una dulzura majestuosa, levantó los brazos y los ojos al cielo y rogó: "Padre, mi hora ha llegado; glorifica ahora a tu Hijo para que el Hijo pueda glorificarte". Siguió agradeciendo y ensalzando los dones del Padre, y por último pidió la protección de sus apóstoles: "Estos amigos y

embajadores míos han querido recibir sinceramente tu palabra. Les he dicho que he salido de ti, que tú me has enviado a este mundo, y que estoy a punto de volver a ti. Padre, te ruego de hecho por estos hombres escogidos. Y ruego por ellos no como rogaría por el mundo, sino como por aquellos a quienes he escogido en el mundo para que me representen después de que haya regresado a tu tarea, al igual que te he representado en este mundo durante mi estancia en la carne. Estos hombres son míos, tú me los has dado; pero todas las cosas que son mías son siempre tuyas, y has hecho que todo lo que era tuyo ahora sea mío. Has sido exaltado en mí, y ahora ruego para que yo pueda ser honrado por estos hombres... Padre, mantén fieles a estos hombres mientras me preparo para abandonar mi vida en la carne. Ayuda a estos amigos míos para que sean uno en espíritu, como nosotros también somos uno”.

Después de la petición de Jesús a su Padre celestial, los apóstoles regresaron al campamento y comenzaron a comentar con creciente desasosiego la prolongada ausencia de Judas. El propio Maestro y Andrés ya los habían enterado sobre la traición, pero la mayoría se negaba a aceptarlo. Consciente del desánimo que embargaba a sus apóstoles, Jesús les dirigió unas palabras compasivas: “Amigos míos, vayan a descansar. Prepárense para el trabajo de mañana. Recuerden que todos deberemos someternos a la voluntad del Padre que está en los cielos. Les dejo mi paz”. Después les ordenó que se retiraran a sus tiendas a descansar, con excepción de Pedro, Santiago y Juan, a quienes pidió que permaneciesen a su lado.

Menos Juan Marcos, que en ningún momento dejaba de cuidar al Maestro, los discípulos y los demás apóstoles se fueron a descansar convencidos de que los hechos que había profetizado el Maestro tendrían lugar al día siguiente con la primera luz de la mañana. Jesús se alejó del campamento hacia una hondonada, seguido por Pedro, Santiago y Juan, y a una distancia prudente por el inquieto y fiel Juan Marcos. La

sensación que emanaba del Maestro era cada vez más agobiante, y los tres apóstoles estaban consternados. Jesús les pidió a los tres que se sentaran y velasen mientras él se distanciaba a un tiro de piedra para hablar a solas con su Padre. Pero no estaba a solas; a pocos metros, tras una piedra, se ocultó Juan Marcos, que fue el único ser humano en tener acceso a esos momentos dramáticos en que el Hijo del Hombre buscaba conocer a plenitud la voluntad de su Padre celestial: “Padre mío, he venido a este mundo para hacer tu voluntad, y la he hecho. Sé que ha llegado la hora de abandonar esta vida en la carne, y no me resisto a hacerlo; pero quisiera saber si es tu voluntad que yo beba esta copa. Envíame la seguridad de que te complaceré en mi muerte tal como lo he hecho en mi vida”.

Nunca nadie había visto al Maestro tan contristado y sudando copiosas y espesas gotas de angustia, que a los ojos del joven Juan Marcos eran de sangre viva. Al rato Jesús regresó a donde estaban los tres apóstoles y los encontró profundamente dormidos. Los despertó y les dijo: “¿No pueden velar conmigo siquiera una hora? ¿No pueden ver que mi alma está extremadamente afligida, afligida de muerte, y que anhelo su compañía?” Ya que los tres estuvieron bien despiertos y apenados, Jesús volvió a alejarse para hablar por segunda vez con su Padre. Se arrojó al suelo e imploró: “Padre, sé que es posible evitar esta copa — todas las cosas son posibles para ti —, pero he venido para hacer tu voluntad, y aunque esta copa sea amarga, la beberé si es tu voluntad”. Inmediatamente una presencia luminosa descendió frente al cuerpo postrado de Jesús y le dijo que el Padre deseaba que su Hijo bienamado terminara su donación en la carne pasando por la misma experiencia de la muerte que atraviesan todas las criaturas. La presencia luminosa envolvió luego con su resplandor el cuerpo de Jesús y lo reconfortó con su luz divina.

Al regresar recuperado hasta donde estaban los tres apóstoles, volvió a encontrarlos dormidos. Y de nuevo los despertó y

les pidió que velaran y orasen en esa hora tan difícil. Por tercera vez Jesús se alejó para hablar con su Padre celestial, pero ya en pleno acuerdo con la voluntad divina: “Padre, ves a mis apóstoles dormidos; ten misericordia de ellos. En verdad el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Y ahora, Padre mío, si esta copa no puede ser apartada, entonces la beberé. Que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Cuando terminó de orar y regresó a donde estaban los apóstoles, una vez más los encontró dormidos. Ya dueño por completo de sí, los observó con piedad y dijo: “Duerman ahora y descansen; el momento de la decisión ha pasado. Ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre será traicionado y entregado a sus enemigos”. Y mientras los sacudía para despertarlos, añadió: “Levántense, volvamos al campamento, porque he aquí que el que me traiciona está cerca, y ha llegado la hora en que mi rebaño va a ser dispersado. Pero ya les he hablado de estas cosas”.

Reconfortados por las cabezadas que habían dado, Pedro, Santiago y Juan no quisieron irse a dormir. Al mismo tiempo que ellos se acercaban al campamento, llegaron dos emisarios preguntando por David Zebedeo, que era el jefe de la vigilancia. Algunos discípulos salieron de sus tiendas vestidos y armados, y Pedro le pidió permiso al Maestro para despertar a los demás apóstoles que aún seguían dormidos. Jesús les dijo a todos que se regresaran a sus tiendas, pero como vio que persistían en permanecer en guardia, decidió alejarse hacia la entrada del jardín de Getsemaní. Todos los presentes se quedaron dudando si debían seguirlo o no, excepto Juan Marcos que siguió al Maestro ocultándose entre los olivos.

Jesús temía que si los apóstoles estaban presentes en el momento de su aprehensión, pudieran correr un grave peligro al intentar defenderlo; por eso es que pretendía entregarse sin dar la menor opción a un innecesario derramamiento de sangre. El primero en llegar fue Judas, que había decidido adelantarse para señalar con su presencia al Maestro y al mismo tiempo evitar

que lo vieran con los guardianes armados que venían a realizar la aprehensión.

En cuanto los tres apóstoles y los discípulos que permanecían despiertos vieron las antorchas del grupo armado, descendieron atropelladamente hacia donde estaba sentado Jesús. De pronto el Maestro se encontró en medio de los dos grupos, el de los que venían a apresarlo y el de los que querían defenderlo. Antes de que Judas pudiera acercarse para darle el beso delator, Jesús se dirigió al soldado que iba al frente del pelotón: "¿A quién buscan?" Y el capitán respondió: "A Jesús de Nazaret". El Maestro añadió: "Soy yo". La manera majestuosa cómo Jesús asumió su identidad desconcertó por un instante a los soldados. Entonces Judas aprovechó el breve desconcierto para precipitarse sobre Jesús y darle un beso en la frente, según el plan acordado con los dirigentes religiosos. Con pleno control anímico Jesús le dijo: "Amigo, ¿no te basta con hacer esto! ¿Traicionarás también al Hijo del Hombre con un beso?" Enseguida, separándose de Judas, el Maestro volvió a encarar a los guardias: "¿A quién buscan?" Y el capitán repitió una vez más: "A Jesús de Nazaret". Sin inmutarse, Jesús contestó: "Les he dicho que soy yo. Así pues, si me buscan a mí, dejen que estos otros se vayan. Estoy listo para ir con ustedes".

Jesús se dispuso a acompañar a los guardias sin ofrecer la menor resistencia. Pero el jefe de la guardia personal de Caifás quiso atarle las manos a la espalda. Ante tamaña indignidad, Pedro sacó su espada y se adelantó con intención de evitar el ultraje. Entonces Jesús levantó el brazo para detener a Pedro y lo reprendió: "Pedro, guarda tu espada. Los que sacan la espada perecerán por la espada. ¿No comprendes que es voluntad del Padre que yo beba esta copa? ¿Y no sabes además que incluso ahora podría ordenar a más de doce legiones de ángeles y a sus asociados que me liberaran de las manos de estos pocos hombres?"

Previendo una respuesta violenta, el capitán ató fuertemente las manos a Jesús y dio órdenes para que capturasen a sus

seguidores. Lo que motivó la desbandada de los apóstoles y los discípulos por el huerto de Getsemaní.

Llegados a este punto, y antes de entrar en los pormenores de las normas jurídicas y del propio juicio, debemos detenernos para recapitular la actitud intachable del acusado. Jesucristo estaba plenamente convencido de la naturaleza injusta de las acusaciones que le imputaban. Pudo haber huido para evitar que se cometiera la brutal injusticia; sin embargo, en total coherencia con sus prédicas, decidió entregarse de manera pacífica y frontal, aun sabiendo que su aprehensión transgredía escandalosamente la ley en que se amparaban sus acusadores.

Las acusaciones en contra de Jesús no solo representan un abuso injusto del poder, sino que constituyen la prueba más concluyente de la irracionalidad con que las teocracias dogmáticas condenan a muerte a los innovadores.

La actitud pacífica y digna de Jesús al entregarse, es un ejemplo cabal de cómo debe comportarse un hombre cuando vienen a aprehenderlo por una acusación falsa. Pero hay demasiada grandeza en ese acto, la actitud majestuosa de un acusado que se sabe inocente y que renuncia a la oportunidad de escaparse, como después, durante el juicio, renunciará a la oportunidad de defenderse.

SEGUNDA PARTE

IV. EL DERECHO ROMANO

A diferencia de la sociedad hebrea donde la religión era determinante, la sociedad romana se decantó pronto hacia la política. Roma se caracterizó por ser el ejemplo más consumado de *civitas*, Jerusalén fue desde su origen la "ciudad templo". El concepto de civilidad de los romanos y el fervor religioso de los judíos eran el resultado natural de dos visiones que se habían confrontado a lo largo de los siglos. En el origen de la cultura hebrea estaba el pastoreo; en el de la romana la agricultura.

Desde la fundación de Roma, la tierra, su posesión y usufructo, fue el eje referencial para diferenciar a los distintos clanes dentro de las tribus. El mando se fue concentrando luego en los terratenientes (patricios), que vivían a expensas de los labriegos y jornaleros (plebeyos). Patricios y plebeyos se enfrentaron así en una pugna por el poder que se extendió por siglos. Pero sin esta pugna no habría surgido jamás el derecho romano, que fue la más depurada expresión jurídica de su tiempo.

En contraposición al monoteísmo hebreo, el politeísmo romano era trifuncional y abarcaba un Olimpo cercano a la locura: dioses de la naturaleza, dioses de la nación, y dioses de la

familia. Y si a esta desmesura de raigambre agrícola le aunamos la posterior deificación de los emperadores, el panorama no puede ser más contradictorio. ¿Cómo fue posible que una cultura que había sublimado el concepto griego de *polis*, con tan grandes historiadores, literatos y juristas, pudiera al mismo tiempo vivir bajo la opresión de las más primitivas supersticiones y la creencia en los dioses del viento, del mar y del trueno?

El móvil de la bárbara religiosidad romana fue fundamentalmente el temor: una ritualidad pagana que sólo buscaba aplacar la posible ira de los dioses. Y no es necesario pertenecer a ninguna teocracia dogmática para saber que los cultos que se alimentan del temor, encadenan al hombre a la más intolerante ignorancia.

El gran logro de la *civitas* romana fue justamente intentar ponerle coto al poder religioso y evitar con ello el surgimiento de una teocracia semejante a la judía. Ya desde el siglo IV a. C., Roma separó el poder político del poder religioso. Y desde ese entonces los pontífices fueron alejados de la administración de la civilidad y de la justicia.

En su punto culminante, la cultura romana alcanzó los principios de justicia y equidad más evolucionados de su tiempo. Pero esta grandeza no sólo estuvo fatídicamente signada por el demencial politeísmo y la esclavitud, sino que también nació lastrada por un militarismo exacerbado. En la escenografía trágica de la cultura romana hay tres personajes cuyos papeles son decisivos para entender el paso de la Monarquía a la República, y de ésta al Imperio: el patricio, el plebeyo y el militar.

Durante la Monarquía (753-244 a. C.) la imposición de los dueños de la tierra se vio reflejada en la primitiva administración de la justicia. La costumbre determinaba la burda jurisprudencia, cuya estancia superior judicial correspondía al rey, asesorado por los colegios sacerdotales (sobre todo el de los pontífices, que solía monopolizar la administración de la justicia). Los delitos en contra de los bienes sociales (*res publica*) eran perseguidos por

los *quaestores*, y los procesados, en caso de ser considerados culpables, tenían el derecho a apelar ante la asamblea del pueblo (*provocatio ad populum*). Esta forma de derecho consuetudinario era típica de una sociedad prominentemente agrícola, donde los actos jurídicos eran orales (el antecedente rudimentario del actual proceso adversarial).

Las protestas y levantamientos de los labriegos y jornaleros, junto con los incipientes pequeños comerciantes, aceleraron los cambios político-jurídicos que hicieron posible la instauración de la República (244-27 a. C.). Gracias a la intercesión de un tribuno de la plebe llamado Terentilo Arza, en el año 449 a. C. fue promulgada la polémica Ley de las Doce Tablas (*Lex Duodecim Tabularum*) que significó un paso adelante fundamental para la administración más equitativa de la justicia. Dichas Tablas no sólo posibilitaron la laicización del derecho, sino que permitieron esbozar un conjunto de normas jurídicas cuyo constante perfeccionamiento llevaría a Celso a definir el derecho como “el arte de lo bueno y lo equitativo”. Entre estas normas destacaban el derecho procesal, derecho de la familia, derecho sucesorio, derechos reales, derecho agrario, derecho contractual y derecho penal.

Para los romanos el ejercicio del derecho implicaba necesariamente una actitud moral, que era herencia de los estoicos. Apoyándose en un rescate sutil de estas fuentes, Ulpiano resumió así los preceptos esenciales del derecho romano: “vivir honestamente, no hacer daño a otro y dar a cada uno lo suyo”. Estos preceptos continuaron perfeccionándose a lo largo de la historia y propiciaron que el legado del derecho romano extendiera su vigencia hasta nuestros días (categorización jurídica, sistematización normativa, además del amplio vocabulario jurídico).

Por siglos los romanos fueron reacios al derecho escrito, y no fue sino hasta el gobierno de Justiniano (482-565 d. C.) que por fin pudo codificarse el derecho en el *Corpus Iuris Civilis*. La reacción al cambio provino previsiblemente de la fracción

hegemónica que se resistía a ceder las prerrogativas del poder. La República acentuó la pugna entre patricios y plebeyos, y a través de múltiples presiones la plebe logró que fueran aceptadas sus exigencias: acceso a cargos públicos, acceso a la propiedad de la tierra, equiparación social, y abolición de la esclavitud por deudas. Gracias a estas concesiones fue posible que el concepto básico de *res publica*, eje de la jurisprudencia monárquica, se sublimara en el concepto de *humanitas*, que hizo del valor y la dignidad de la persona uno de los mayores logros de la jurisprudencia republicana.

La fuente jurídica esencial romana fue sin duda las *Instituciones* de Gayo, y en su constitución sistemática y metódica puede percibirse el legado de los principios filosóficos griegos: sujeto-objeto-acción. El *ius* (derecho objetivo) se complementa con la *facultas* (derecho subjetivo), que es indisociable de la *actio* jurídica. Desde los tiempos oscuros de la Monarquía los romanos distinguieron con precisión la norma jurídica (*ius*) de la prohibición religiosa (*fas*). Pero hubo que esperar a la instauración de la República para que la división de poderes alcanzara su expresión clásica.



A partir de la caída de los dictadores, los cónsules asumen la administración del poder, y poco después son desplazados por los magistrados. Las magistraturas representaron un incuestionable paso adelante en la democratización del poder, y su diversidad es una muestra de la decantada civilidad romana. El pretor sustituyó al cónsul como administrador de justicia; los cuestores asumieron el papel de administradores financieros y de la justicia capital, los curules se encargaron de la administración de

la ciudad y de los mercados; y los censores administraron los derechos políticos y honoríficos de los ciudadanos (derecho a los cargos públicos, derecho a votar, etc.), también llegaron a administrar los inmuebles del Estado y a controlar la adjudicación de obras públicas. No obstante, las decisiones trascendentales de la cosa pública se decidían a través de la pugna permanente entre el Senado (que representaba a las familias de los patricios) y los tribunos de la plebe. Estos tribunos (dos en total) transmitían al pueblo las decisiones del Senado en reuniones colectivas que denominaban *concilia plebis*; y a los acuerdos que se tomaban en estas reuniones se les llamaba plebiscitos.

Como consecuencia de la promulgación de la Ley de las Doce Tablas, el pueblo (*comitatus maximus*) había pasado a ejecutar directamente la función judicial en materia penal; pero poco antes de la instauración del Imperio (27 a. C.-476 d. C.) se instituyeron los tribunales permanentes para todos los ciudadanos.

Jesucristo nació y vivió en el momento crucial en que la decadencia de la República daba lugar al surgimiento del Imperio. Tras la muerte del instaurador imperial César Augusto (63 a. C.-14 d. C.) asume el poder el emperador Tiberio (42 a. C.-37 d.C), que nombrará a Poncio Pilatos gobernador de Judea el año 26 d. C. Como gobernador o pretor Pilatos estaba encargado de administrar la justicia —derecho de vida y muerte—, y sus resoluciones sólo podían ser impugnadas ante los tribunos de la plebe. Judea, como provincia conquistada, tenía derecho a conservar su régimen de usos y costumbres; pero el mandato del gobernador romano y los dictados jurídicos provenientes de Roma estaban siempre por encima de los usos y las costumbres de las provincias conquistadas.

Poncio Pilatos sabía muy bien que Jesús de Nazaret no podía ser condenado a la pena capital por el derecho romano. En varias ocasiones admitió que ante el derecho romano Jesús era inocente. Pero Pilatos no fue inocente. Su cobardía lo convirtió en un mal pretor romano que permitió que los usos y costumbres

de una sociedad teocrática desplazasen a la *civitas* y la *humanitas* romanas. Si, de acuerdo a la ley romana, hubiese decretado la liberación de Jesús, el nombre de Poncio Pilatos no habría quedado impreso de manera ignominiosa en la Historia como sinónimo de juez cobarde.

V. EL DERECHO HEBREO

Tanto el derecho hebreo como su sustento teológico son un legado de Melquisedec, el rey de Salem (siglo XX a. C.). Durante casi un siglo este sabio gobernante difundió las doctrinas más avanzadas sobre Dios y el hombre, que terminaron siendo parte esencial de las filosofías y las teologías más evolucionadas.

En Grecia fueron los filósofos cínicos los principales divulgadores de las doctrinas salemitas, y los que mantuvieron con mayor fidelidad la promesa hecha por cada discípulo de no fungir jamás como sacerdote y no recibir pago alguno por sus servicios, excepto alimentos, vestimenta y alojamiento. La separación entre religión (mundo espiritual) y política (mundo terrenal) fue el eje de las enseñanzas del rey sabio de Salem; sin embargo, Abraham, su principal discípulo, y sobre todo los posteriores jefes tribales, terminaron confundiendo la teología con la política, lo que repercutió sentenciosamente en la incipiente administración de la justicia hebrea.

En la Grecia clásica los poetas, los grandes trágicos y los filósofos trataron una y otra vez de poner los conceptos de valor, belleza y sabiduría por encima de la barbarie politeísta. Pero los

griegos, al igual que los romanos, no tuvieron libros sagrados, y sus grandes logros estéticos, filosóficos y políticos sucumbieron finalmente ante la carencia de una verdadera moral.

Aunque los griegos con el culto a Zeus estuvieron más cerca del monoteísmo que los romanos, la herencia anticlerical de Melquisedec impidió que se consolidara una verdadera casta sacerdotal y un culto que rebasara el primitivo antropomorfismo.

En Roma ni los filósofos cínicos ni los estoicos pudieron contener el fervor popular por los cultos de misterio. De la reverencia tribal a Marte, el dios de la guerra, los patricios romanos pasaron fácilmente a la plena aceptación de las deidades olímpicas griegas, dejando que la plebe y los esclavos se entretuvieran con los cultos místéricos de fertilidad importados de Levante. No fue sino hasta la instauración del Imperio con Augusto, que la doctrina salemita de la creencia en un Dios único estuvo a punto de consolidarse. Uno de los sacerdotes más cercanos al flamante emperador le habló de las enseñanzas del rey de Salem y de la necesidad de actualizarlas frente a la peligrosa proliferación de los cultos místéricos. La inteligencia de Augusto captó enseguida el paso adelante que el monoteísmo salemita conllevaba y dio las órdenes pertinentes para reorganizar el sacerdocio, construir templos y llenarlos de bellas imágenes monoteístas que pretendían hacer olvidar para siempre los cultos agrícolas levantinos (Atis, Osiris y Mitra). Pero Augusto era demasiado ambicioso y egoísta como para desaprovechar la oportunidad histórica que se le brindaba: primero se autonombó sumo sacerdote, y después ya no dudó en proclamarse dios supremo.

En el momento histórico en que Jesús nació, sólo Palestina dentro de todo el Imperio se negaba a reconocer la divinidad de Augusto y a rendirle culto como dios verdadero. Para los judíos la teología estaba fijada para siempre, y en esas normas estrictas e inmutables no había lugar para la deificación de ningún hombre.



Melquisedec había hecho un pacto con Abraham, el patriarca primigenio de los hebreos (“Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar; así de numerosa será tu simiente”); pero ese pacto llevaba implícita la fidelidad a tres preceptos y siete mandamientos.

Los preceptos eran:

- 1) Creo en El Elyón, el Dios Altísimo, el único Padre Universal y Creador de todas las cosas.
- 2) Acepto el pacto de Melquisedec con el Altísimo, según el cual se me otorga el favor de Dios por mi fe, y no por sacrificios ni holocaustos.
- 3) Prometo obedecer los siete mandamientos de Melquisedec y difundir la buena nueva de este pacto con el Altísimo a todos los hombres.

Los mandamientos eran:

- 1) No servirás a ningún dios sino al Creador Altísimo del cielo y de la tierra.
- 2) No dudarás de que la fe es el único requisito para la salvación eterna.
- 3) No darás falso testimonio.
- 4) No matarás.
- 5) No robarás.
- 6) No cometerás adulterio.
- 7) No mostrarás falta de respeto a tus padres y ancianos.

Estos preceptos y mandamientos estaban grabados en tablas de arcilla en el templo de Salem (primero se llamó Salem, luego Jebús, después Jebusalem, y por último Jerusalén) y constituían la base jurídica y religiosa de la convivencialidad entre las tribus de pastores. Muchos siglos después los escribas destruyeron la mayor parte de las tablillas donde estaban registradas las enseñanzas de Melquisedec, dejando únicamente aquellas donde aparecía Abraham frente a Melquisedec tras la decisiva batalla de Sidim. Gran parte de las conversaciones que posteriormente se le atribuyeron a Dios con Abraham, pudieron haberse dado en realidad entre Abraham y Melquisedec.

Después de Melquisedec y hasta la aparición del gran líder Moisés, los hebreos vivieron sujetos a las leyes bárbaras propias del pastoreo: la traición y el abigeato (robo de ganado) se castigaban con la pena de muerte, e incluso en los tiempos de Moisés los culpables de delitos sexuales graves eran condenados a la hoguera.

Cuando Moisés irrumpe en el escenario histórico, los hebreos no tenían un lenguaje escrito, y los preceptos y los mandamientos de Melquisedec se habían degradado en una sacrificialidad sangrienta y un derecho pervertido. Moisés fue el primer jefe hebreo en abolir el pago de rescate por un asesino: "No ha de tomarse dinero como rescate por la vida de un asesino condenado a muerte; ese hombre deberá morir". Y, para combatir el fetichismo y la idolatría, prohibió también que se hicieran imágenes de cualquier tipo.

Moisés recibió de sus padres las sabias enseñanzas de Melquisedec, y desde antes de subir al monte Sinaí ya conocía el legado del rey sabio de Salem: "Temed a Dios y guardad sus mandamientos, porque en esto reside todo el deber del hombre". En el Antiguo Testamento, Dios se le aparece a Moisés en el monte Sinaí para entregarle el Decálogo o compendio de la ley divina: "Yo soy Yahvé, tu Dios, el que te sacó de Egipto, país de la esclavitud". Y a continuación le dicta los mandamientos:

- 1) No tendrás otros dioses fuera de mí.
- 2) No harás estatua ni imagen alguna de lo que hay arriba, en el cielo, abajo, en la tierra, y en las aguas debajo de la tierra. No te postres ante esos dioses, ni les sirvas, porque yo, Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso. Yo pido cuentas a hijos, nietos y biznietos por la maldad de sus padres que no me quisieron. Pero me muestro favorable hasta mil generaciones con los que me aman y observan mis mandamientos.
- 3) No tomes en vano el nombre de Yahvé, tu Dios, porque Yahvé no dejará sin castigo a aquel que toma su nombre en vano.
- 4) Acuérdate del día sábado, para santificarlo. Trabaja seis días, y en ellos haz todas tus faenas. Pero el día séptimo es día de descanso, consagrado a Yahvé, tu Dios. Que nadie trabaje: ni tú, ni tus hijos, ni tus hijas, ni tus siervos, ni tus siervas, ni tus animales, ni los forasteros que viven en tu país. Pues en seis días Yahvé hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y el séptimo día descansó. Por eso bendijo el sábado y lo hizo sagrado.
- 5) Respeta a tu padre y a tu madre, para que se prolongue tu vida sobre la tierra que Yahvé, tu Dios, te da.
- 6) No mates.
- 7) No cometas adulterio.
- 8) No robes.
- 9) No atestigües en falso contra tu prójimo.
- 10) No codicies la casa de tu prójimo. No codicies su mujer, ni sus servidores, su buey o su burro. No codicies nada de lo que le pertenece”.

El Decálogo era el fundamento del derecho penal hebreo, y sancionaba tanto las relaciones del hombre con Dios como las de los hombres entre sí. Además de estos mandamientos jurídico-teológicos, el derecho hebreo se sustentaba también en

la Torah, conjunto de leyes extraídas de los cinco libros que constituían el Pentateuco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. En dichos libros estaban sancionados delitos como: homicidio, estupro, bestialidad, adulterio, blasfemia, profanación del sábado, etc.

Las normas procesales del derecho hebreo exigían que los juicios se tenían que efectuar de cara al público, antes de la puesta del sol, con plena garantía de defensa para el acusado, con varios testigos de veracidad comprobada y con prohibición de que nuevos testigos añadiesen pruebas una vez cerrada la instrucción del caso (si los testigos incurrían en falso testimonio, estaban sujetos a sufrir la pena con que se sancionaba el delito denunciado); y antes de ejecutarse la sentencia, el acusado tenía el derecho a recurrir a una revisión en el plazo de tres días.

En el momento histórico en que Jesús fue juzgado, el poder político y religioso de la sociedad judía estaba dividido en diferentes grupos que, aunque compartían las mismas creencias, interpretaban las normas jurídicas de distinta forma y de acuerdo a sus particulares intereses. A los escribas y rabinos se les conocía como fariseos. Era tal vez el grupo más progresista de todos, y algunos de sus miembros simpatizaban abiertamente con las enseñanzas de Jesús. El grupo de los saduceos estaba integrado por el sacerdocio ultraortodoxo y ciertos judíos ricos; los saduceos y los fariseos podían considerarse más como partidos religiosos que como sectas. Los esenios, por el contrario, constituían la más estricta secta religiosa, fundada a partir de la revuelta de los Macabeos (167 a. C.); vivían en hermandad en monasterios, y practicaban la abstinencia de bebidas embriagantes y el celibato, además poseían todo en común. Los zelotes constituían el grupo más aguerrido de los judíos; eran fervientes patriotas y partidarios de todos los métodos que contribuyeran a liberar al pueblo judío del yugo de Roma. Estaba también la fracción de los herodianos, una especie de partido político que buscaba la emancipación de Roma para restaurar la dinastía herodiana.

Por último estaban los nazarenos, una pequeña hermandad que esperaba la llegada del Mesías, y los samaritanos que, aunque vivían en el corazón de Palestina y compartían gran parte de las enseñanzas del *Decálogo* y el *Pentateuco*, eran despreciados por los judíos.

El Sanedrín, máximo tribunal del pueblo judío, remontaba su origen a los tiempos de Moisés, cuando por orden de Yahvé había reunido a setenta ancianos virtuosos con el fin de administrar la justicia humana y divina. Este Tribunal de Jehová emitía sus resoluciones como “fallos de Dios”, y se reunía para juzgar los delitos más graves, entre los que sobresalían los de blasfemia y herejía. En los momentos en que Jesús fue juzgado, el Sanedrín estaba dominado por los saduceos y, en menor medida, por los fariseos.

El hecho de que Jesús fuera acusado de cometer delitos religiosos y políticos, propició un doble juicio: religioso ante el Sanedrín, y político ante el gobernador de Roma, Poncio Pilatos. Pero desde el momento mismo en que los miembros más ortodoxos del Sanedrín decidieron que Jesús de Nazaret debía morir, tenían bien claro que para la consumación de la condena a muerte era indispensable la sentencia del gobernador de Roma en Judea. En el proceder tan perverso con que se celebró el juicio de Jesús, no puede haber la menor circunstancia eximente a favor de los acusadores: no sólo no se respetaron los preceptos fundamentales del derecho romano y del derecho hebreo, sino que se hizo alarde de una impiedad y una saña propias de las fieras de colmillo y garra.

VI. EL JUICIO

Apresado ya Jesús, y antes de que los guardias partieran de Getsemaní, se dio una discusión entre los representantes de los dos poderes: el político y el religioso. El capitán judío de los guardias del templo ordenó que se llevara a Jesús ante Caifás, el sumo sacerdote en funciones. Pero el capitán de los soldados romanos dijo que el prisionero debía ir primero al palacio de Anás, el anterior sumo sacerdote y suegro de Caifás. Durante años las autoridades romanas en Judea habían tratado con Anás todos los asuntos concernientes a la aplicación de las leyes judías, y este caso ameritaba, sin duda, la supervisión del sagaz y experimentado Anás.

Judas Iscariote caminaba al lado de los capitanes, quienes hacían evidente con su negativa a hablarle el desprecio que sentían hacia el traidor. Juan, fiel a las instrucciones del Maestro de que permaneciera siempre cerca de él, iba próximo al prisionero cuando el capitán de los guardias del templo dio órdenes para que también lo aprehendieran y ataran. Al oír esto, el capitán romano jaló a Juan a su lado y le dijo al capitán judío: "Este hombre no es ni un traidor ni un cobarde. Lo he visto en el jardín

y no sacó la espada para oponer resistencia. Tiene el coraje de adelantarse para estar con su Maestro, y nadie le pondrá la mano encima. La ley romana permite que todo preso pueda tener al menos un testigo que permanezca con él delante del tribunal, y no se impedirá que este hombre esté al lado de su Maestro, el detenido”.

Poco después, en las puertas del palacio de Anás, el capitán romano le dijo a su asistente que acompañara al preso en todo momento y se asegurase de que los judíos no lo matasen sin obtener antes el consentimiento de Pilatos. Y le encargó también que se cerciorase de que le permitieran al discípulo permanecer al lado del Maestro durante todo el proceso. Esta actitud del capitán romano a favor del cumplimiento del derecho imperial, explica que Juan haya podido permanecer cerca de Jesús a lo largo de todo su juicio y crucifixión.

Anás le había hecho llegar al capitán de la guardia romana la petición para que el prisionero fuera llevado directamente ante su presencia. El viejo zorro no sólo deseaba seguir manteniendo su prestigio, sino que sabía muy bien que no era legal convocar el tribunal del Sanedrín antes de la ofrenda sacrificial matutina, que tenía lugar hacia las tres de la mañana. Por eso deseaba retener a Jesús hasta la hora propicia. Gracias a sus mañas y relaciones, Anás se había convertido en uno de los individuos más ricos de Judea. A diferencia de su yerno, Anás era calculador y de palabra ágil. Saduceo ultra conservador, temía que la posible simpatía de ciertos fariseos pudiera ser un obstáculo a la hora de juzgar a ese carpintero de Nazaret que conocía desde hacía años. En realidad, Anás pensaba convencer con su diplomacia a Jesús para que renunciara a sus prédicas públicas y se fuera de Palestina. Desde años atrás había venido siguiendo la trayectoria de Jesús, y aunque en el fondo el carpintero de Nazaret no le parecía tan peligroso como su yerno afirmaba, a partir de la expulsión del templo de los cambistas y mercaderes el encono hacia Jesús se le había acrecentado.

Anás esperó sentado en su sillón palaciego a que le trajeran a Jesús, y cuando lo tuvo en frente le dijo: “Comprenderás que habrá que hacer algo con respecto a tu enseñanza, puesto que estás perturbando la paz y el orden de nuestro país”. Jesús no dijo nada, y Anás volvió a hablar: “¿Cuáles son los nombres de tus discípulos, además de Simón Celotes, el agitador?” Jesús lo miró fijamente a los ojos y siguió en silencio. Molesto por esta actitud, Anás rugió: “¿No te preocupa que yo sea benévolo o no contigo? ¿No tienes consideración por el poder que tengo para determinar las cuestiones de tu próximo juicio?” Entonces Jesús le contestó: “Anás, sabes que no podrías tener ningún poder sobre mí si no fuera permitido por mi Padre. Algunos quisieran matar al Hijo del Hombre porque son ignorantes y no conocen nada mejor; pero tú, amigo, sabes lo que estás haciendo. ¿Cómo puedes, por tanto, rechazar la luz de Dios?”

Tras el breve desconcierto en que lo sumió la manera decidida en que Jesús le habló, Anás volvió a preguntarle: “¿Qué es exactamente lo que intentas enseñar a la gente? ¿Qué pretendes ser?” A lo que Jesús, con su acostumbrada amabilidad, le respondió: “Sabes muy bien que he hablado abiertamente al mundo. He enseñado en las sinagogas y muchas veces en el templo, donde todos los judíos y muchos gentiles me han escuchado. No he dicho nada en secreto; entonces, ¿por qué me preguntas sobre mi enseñanza? ¿Por qué no llamas a los que me han escuchado y les preguntas a ellos? Mira, todo Jerusalén ha oído lo que he dicho, aunque tu mismo no hayas escuchado estas enseñanzas”. Antes de que Anás pudiera responder, el administrador del palacio se adelantó y abofeteó a Jesús, al tiempo que le decía: “¿Cómo te atreves a contestarle así al sumo sacerdote?” Impasible, Jesús encaró al agresor: “Amigo mío, si he hablado mal, testifica contra el mal; pero si he dicho la verdad, entonces ¿por qué me golpeas?”

Debatiéndose entre el orgullo y la piedad Anás salió intempestivamente de la estancia y dejó a Jesús durante una hora vigilado por los guardias del templo. Al regresar se puso al lado

de Jesús y le preguntó: “¿Pretendes ser el Mesías, el libertador de Israel?” A lo que Jesús contestó: “Anás, me conoces desde la época de mi juventud. Sabes que no pretendo ser nada más que lo que mi Padre ha decretado, y que he sido enviado a todos los hombres, tanto gentiles como judíos”. Anás insistió: “Me han dicho que has pretendido ser el Mesías, ¿es verdad?” Jesús miró a Anás con condescendencia y sólo añadió: “Tú lo has dicho”.

El detenido llevaba casi tres horas en el palacio de Anás cuando llegaron unos mensajeros enviados por Caifás reclamando al prisionero. Y como faltaba ya poco para amanecer, Anás consintió en el traslado.

Mientras Jesús permanecía adentro del palacio con Anás, llegó Simón Pedro y se quedó esperando en la cancela. Juan conocía por sus padres a la portera y le pidió que dejase entrar a Pedro. Como la noche era fría, Pedro se dirigió de inmediato hacia la fogata de carbón donde varios hombres estaban calentándose. Al rato la portera se le acercó y le preguntó: “¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?” Pedro, nervioso y contrariado por las circunstancias adversas, respondió evasivamente: “No lo soy”. Poco después un criado encaró a Pedro diciéndole: “¿No eres tú uno de sus seguidores?” Alarmado por el acoso, Pedro volvió a negar: “No conozco a ese hombre ni soy uno de sus seguidores”. La portera, que seguía con atención la actitud huidiza de Pedro, lo jaló a un lado y le dijo: “Estoy segura de que eres un discípulo de ese Jesús, no solamente porque uno de sus seguidores me ha pedido que te dejara entrar en el palacio, sino que mi hermana que está aquí te ha visto en el templo con ese hombre. ¿Por qué lo niegas?” Violentándose por el acoso, Pedro negó de nuevo: “No soy un seguidor de ese hombre; ni siquiera lo conozco; nunca he oído hablar de él”. Pedro se alejó de la fogata, pero como el frío era intenso regresó con sigilo al poco tiempo. Uno de los hombres lo observó con detenimiento y luego le dijo: “Tú eres sin duda uno de los discípulos de ese hombre. Ese Jesús es galileo, y tu manera de hablar te traiciona,

pues hablas también como un galileo". Pedro negó una vez más y se alejó hacia el porche. Como una hora más tarde la portera y su hermana lo encontraron solo y abatido y no dejaron pasar la oportunidad de acosarlo. Pedro negó airado toda conexión con el prisionero, y entonces el gallo cantó. En ese preciso instante los guardias salieron escoltando a Jesús, y Pedro, al ver la expresión compasiva del Maestro, recordó la advertencia que Jesús le había hecho y se sumió en un profundo sentimiento de culpa. Tras la partida de los guardias con Jesús, Pedro se alejó por el camino y, vencido por el pesar, se derrumbó a llorar amargamente su cobardía.



Eran poco más de las tres de la madrugada cuando Jesús fue conducido ante el grupo de treinta miembros del Sanedrín, convocado de manera irregular y fuera del lugar habitual, la cámara de piedras labradas del templo. La ley judía exigía que al menos dos testigos coincidieran plenamente en sus declaraciones antes de que se pudiera hacer una acusación formal contra un preso. Judas estaba nulificado como testigo, pues la ley judía prohibía expresamente el testimonio de un traidor. Mientras Jesús permanecía de pie en actitud hierática y majestuosa, más de veinte testigos falsos abochornaban a los propios miembros del Sanedrín con sus declaraciones contradictorias y notoriamente inventadas. Dos de los testigos afirmaron que lo habían oído decir que destruiría este templo hecho por las manos del hombre, y en tres días construiría otro templo sin emplear las manos del hombre. Anás, que recién había llegado, al oír esto se levantó de su asiento al lado de Caifás y dijo que aquella sola amenaza bastaba para acusar al prisionero de que era un peligroso

embaucador del pueblo, que era un revolucionario fanático que abogaba por el uso de la violencia para destruir el templo sagrado, y que practicaba la magia, puesto que prometía construir un nuevo templo sin siquiera usar las manos.

Jesús permaneció en silencio, y su imperturbabilidad terminó desquiciando a Caifás. Blandiendo el dedo acusador se acercó a Jesús y le dijo: “En nombre del Dios vivo, te ordeno que nos digas si eres el Libertador, el Hijo de Dios”. Con tono sereno Jesús respondió: “Lo soy. Pronto iré hacia el Padre, y dentro de poco el Hijo del Hombre será revestido de poder y reinará de nuevo sobre las huestes del cielo”. Presa de un ataque de cólera, Caifás se rasgó las vestiduras y exclamó: “¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Miren, ahora todos han escuchado la blasfemia de este hombre. ¿Qué piensan ahora que podemos hacer con este blasfemo y trasgresor de la ley?” Y el coro se elevó: “Merece la muerte; que sea crucificado”. Caifás se abalanzó sobre Jesús y lo abofeteó, y enseguida otros miembros del Sanedrín hicieron lo mismo y le escupieron a la cara.

La ley judía exigía que antes de pronunciar la sentencia de muerte el tribunal celebrara dos sesiones, y la segunda sesión debía tener lugar al día siguiente de la primera. Pero el fanatismo y el ánimo de linchamiento que reinaba entre los miembros del Sanedrín, hicieron que el día se redujera a una hora. Dejaron a Jesús en la sala de audiencia al cuidado de los guardias del templo, quienes no cesaron de escupirle y golpearlo en la cara. Juan, que presenciaba tales vilezas a la distancia, percibió un movimiento de cabeza del Maestro indicándole que se alejara.

A las cinco y media de la mañana el tribunal volvió a reunirse en la sala, y Jesús fue conducido a una habitación contigua donde estaba Juan. Una vez reunidos sin la presencia del acusado, Anás hizo alarde de su experiencia diciendo a los demás miembros del Sanedrín que la acusación de blasfemia no tendría ningún peso ante Pilatos, que era el único que podía decretar la pena capital. Así que en poco más de media hora redactaron la

acusación que debían presentar ante Pilatos. Jesús de Nazaret merecía la pena de muerte por: 1) pervertir a la nación judía, engañando al pueblo e incitándolo a la rebelión; 2) enseñar al pueblo a negarse a pagar tributo al César; y 3) pretender ser rey y fundador de un nuevo reino, incitando a la traición contra el emperador.

Repárese en la ilegalidad del proceder del Sanedrín: ninguno de los testigos de la parte acusadora había hecho la menor referencia a los delitos que se le imputaban al acusado; y ningún testigo había hablado a nombre de la defensa. Los tres cargos que se le imputaban al acusado no tenían, por tanto, el menor respaldo testimonial, y los cargos se habían hecho en ausencia del acusado.

El viernes, pasadas las seis de la mañana, Jesús fue llevado ante Poncio Pilatos, el procurador romano que gobernaba Judea, Samaria e Idumea, bajo la supervisión del legado de Siria. La comitiva incluía a los miembros del tribunal, Jesús, Judas Iscariote y Juan. Anás había regresado a su palacio. Desde una perspectiva estrictamente económica, el emperador Tiberio no tenía motivo para quejarse de la administración de Pilatos. Sin embargo, en cuestiones religiosas el procurador romano había dado ya varias muestras de torpeza. Los miembros del Sanedrín, celosos de su dogma, habían aprovechado los errores de Pilatos para ejercer una influencia perniciosa sobre las decisiones políticas cuya ejecución correspondía exclusivamente al gobernador romano.

Pilatos despreciaba a los judíos y no entendía su fanatismo y su fervor. No entendía, por ejemplo, que los judíos no sólo tuvieran prejuicios hacia las imágenes, sino que además consideraran su culto como la peor idolatría. Por eso hizo caso omiso de las advertencias que le hicieron los dirigentes religiosos y permitió que sus soldados entrasen en Jerusalén sin quitar de sus banderas las imágenes del César. Una delegación de judíos estuvo varios días implorándole que ordenase quitar las imágenes de los estandartes, y como respuesta Pilatos los amenazó de muerte.

Para un escéptico como él, cuál sería la sorpresa cuando los judíos amenazados se concentraron frente al palacio e inclinando su rostro hasta tocar con la frente el suelo, le mandaron decir que estaban dispuestos a morir. Consciente de las consecuencias que ante el emperador traería cumplir la amenaza, Pilatos cedió y ordenó quitar las imágenes de los estandartes.

En otra ocasión hizo colocar en los muros del palacio de Herodes en Jerusalén los escudos que usaban para venerar al César. Los judíos protestaron airadamente, pero Pilatos se mantuvo inflexible. Entonces los judíos apelaron a Roma, y el emperador Tiberio despachó a un mensajero con la orden terminante de que se quitasen los escudos.

Pero la ofensa más grave la cometió contra el templo de Jerusalén, cuando se atrevió a tomar una gran cantidad del tesoro del templo con el fin de financiar un acueducto para abastecer de agua a los millones de visitantes que llegaban a Jerusalén con motivo de las grandes celebraciones religiosas. Sólo el Sanedrín podía disponer de ese dinero cuando lo considerase conveniente; por ello, esta actitud arbitraria de Pilatos desencadenó una serie de motines y disturbios que tuvieron que ser reprimidos a costa de numerosas vidas humanas. El emperador volvió a amonestarlo. Todo esto explica la actitud timorata del gobernador ante las exigencias del Sanedrín, y el hecho de que consintiera finalmente someterse a los dictados contrarios al derecho y a la civilidad romana.

De mal humor por haber sido obligado a atender un asunto jurídico a esas horas de la mañana, Pilatos preguntó a la comitiva congregada delante de la sala de juicios: “¿Qué acusación traen contra este hombre?” Uno de los miembros del Sanedrín respondió con arrogancia: “Si este hombre no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado”. Pilatos sabía que Jesús había sido interrogado en el transcurso de la noche y que las acusaciones que le hacían carecían de sustento ante el derecho romano, así que decidió actuar con astucia y dijo: “Puesto que no están de acuerdo

en unas acusaciones determinadas, ¿por qué no se llevan a este hombre y lo juzgan según sus propias leyes?” El actuario del Sanedrín lo encaró molesto: “No nos está permitido ejecutar a nadie, y este perturbador de nuestra nación merece morir por las cosas que ha dicho y hecho. Por eso hemos venido ante ti para que confirmes esta sentencia”.

Pilatos había oído de labios de su mujer, Claudia Prócula, sobre las enseñanzas y milagros de Jesús, por lo que estaba convencido de que se trataba de un asunto exclusivamente religioso, cuya adjudicación correspondía al Sanedrín. Ante su criterio de procurador romano era una verdadera aberración jurídica pedirle un decreto de ejecución sin que existiesen acusaciones definidas y un juicio justo en contra del acusado. Tras unos instantes de dubitación, Pilatos exteriorizó su parecer: “No condenaré a muerte a este hombre sin un juicio; y tampoco consentiré en interrogarlo hasta que hayan presentado por escrito las acusaciones contra él”.

Caifás hizo una seña al actuario del tribunal, quien se adelantó para darle a Pilatos las acusaciones escritas. El gobernador tomó el rollo y leyó que el reo era culpable de: 1) pervertir a nuestra nación e incitar a nuestro pueblo a la rebelión; 2) prohibir al pueblo que pague tributo al César; y 3) llamarse a sí mismo rey de los judíos y enseñar la fundación de un nuevo reino. Pilatos ordenó que acercasen a Jesús y que las acusaciones fuesen leídas ante él. Pero Jesús permaneció imperturbable y en silencio. Pilatos se quedó confuso e impresionado por la mirada piadosa que le devolvió Jesús. Odiaba a esos judíos fanáticos y estaba casi convencido de que toda esa farsa no tenía el menor sustento jurídico, pero el acusado seguía sin hablar.

Para romper tan incómoda situación, Pilatos ordenó a su asistente que condujeran a Jesús y a Juan a una habitación privada. Una vez allí, le pidió a Jesús que se sentara y él hizo lo propio a un lado. Observó a Jesús con detenimiento y enseguida le preguntó: “¿Has enseñado alguna vez que se debe negar tributo al

césar?" Jesús adelantó el rostro hacia Juan y dijo: "Pregúntale a él o a cualquier otra persona que haya escuchado mi enseñanza". Pilatos le repitió la pregunta a Juan, y éste respondió que tanto Jesús como sus apóstoles pagaban sus tributos al César y al templo. Satisfecho con la respuesta, Pilatos encaró de nuevo a Jesús: "¿Eres el rey de los judíos?" Jesús sonrió por primera vez desde su aprehensión y le reviró: "Pilatos, ¿preguntas esto por ti mismo, o tomas esta pregunta de mis acusadores?" Ligeramente indignado, Pilatos replicó: "¿Soy yo judío? Tu propio pueblo y los jefes de los sacerdotes te han entregado y me han pedido que te condene a muerte. Pongo en duda la validez de sus acusaciones y sólo intento descubrir por mí mismo qué has hecho. Dime, ¿has dicho que eres el rey de los judíos, y has tratado de fundar un nuevo reino?" Jesús volvió a enseriecer el semblante al hablar: "¿No percibes que mi reino no es de este mundo? Si mi reino fuera de este mundo, mis discípulos lucharían con toda seguridad para que yo no fuera entregado a los judíos. Mi presencia aquí delante de ti con estas ataduras es suficiente para mostrar a todos los hombres que mi reino es un dominio espiritual, la fraternidad misma de los hombres que se han vuelto hijos de Dios a través de la fe y por amor, Y esta salvación es tanto para los gentiles como para los judíos".

Pilatos, que no entendió el alcance de lo que Jesús le decía, volvió a su primer cuestionamiento: "Entonces, ¿después de todo eres rey?" "Sí, respondió Jesús con humildad, soy un rey de ese tipo, y mi reino es la familia de los hijos por la fe de mi Padre que está en los cielos. Nací en este mundo con esa finalidad, para mostrar mi Padre a todos los hombres y dar testimonio de la verdad de Dios. E incluso ahora te afirmo que todo el que ame la verdad escucha mi voz". Con un deje de ironía emanado de su radical escepticismo, Pilatos replicó: "La verdad, ¿cuál es la verdad, quién la conoce?"

La actitud serena y dulce de Jesús hizo que Pilatos tuviera un atisbo de lo que el prisionero trataba de decirle. En su

juventud Pilatos había oído las enseñanzas de los estoicos, que sostenían que el hombre sabio y virtuoso era un verdadero rey, y ahora ante las respuestas de ese hombre imperturbable estaba convencido de que sólo se trataba de un visionario inofensivo, ajeno por completo a las acusaciones que le hacían los fanáticos dirigentes judíos. Con paso decidido regresó hasta donde estaba Caifás con su séquito y les dijo: “He interrogado a este hombre, y no encuentro ninguna falta en él. No creo que sea culpable de las acusaciones que han efectuado contra él; creo que debe ser puesto en libertad”.

Los miembros del Sanedrín comenzaron a aullar como perros, y uno de ellos, impulsado por el arrebató fúrico, se aproximó irrespetuosamente a Pilatos y le dijo levantando el índice en actitud amenazante: “Este hombre excita al pueblo, empezando por Galilea y continuando por toda Judea. Causa daño y es un malhechor. Si dejas en libertad a este hombre perverso, lo lamentarás durante mucho tiempo”.

Pilatos, con forzada calma, meditó un instante en busca de una salida, que no tardó en encontrar en la procedencia del reo. Llamó al jefe de la guardia y le dijo: “Este hombre es galileo. Llénlo inmediatamente ante Herodes, y cuando lo haya interrogado, infórmenme de sus conclusiones”.

Cada vez que el tetrarca Herodes Antipas visitaba Jerusalén, residía en el viejo palacio Macabeo que había construido Herodes el Grande. Al igual que Pilatos, Herodes había oído hablar de los milagros de Jesús y ansiaba ver en persona uno de aquellos prodigios que le atribuían al carpintero de Nazaret. Durante poco más de un cuarto de hora, el tetrarca estuvo haciéndole preguntas a Jesús, pero éste no abrió la boca y se limitó a observarlo desde su majestuosa superioridad espiritual. Molesto, Herodes lo desafió a que hiciese algún milagro. Jesús siguió inmutable aguantando el aluvión de insultos, hasta que Herodes le dio el lado y decidió escuchar las acusaciones que en contra de Jesús hacían los miembros del Sanedrín. Mientras oía las expresiones

encolerizadas del vocero de los saduceos, Herodes era poseído de nuevo por el temor irracional que había sufrido a partir de haber mandado ejecutar a Juan el Bautista. Para él era un verdadero alivio no tener ninguna jurisdicción sobre Jesús por haber sido aprehendido en Judea, así que después de burlarse del reo un rato, le colocó un viejo manto de púrpura real y lo envió de vuelta a Pilatos.



En cuanto se enteró que Herodes le había devuelto al reo, Pilatos mandó colocar un asiento en el escalón superior del pretorio y convocó a los sanedristas y al séquito de sacerdotes que ahora los seguía. Sin más preámbulos tomó asiento y les dijo: “Han traído a este hombre ante mí acusándolo de que pervierte al pueblo, prohíbe el pago de los impuestos y pretende ser el rey de los judíos. Lo he interrogado y no lo he encontrado culpable de esas acusaciones. De hecho no encuentro ninguna falta en él. Luego lo he enviado a Herodes, y el tetrarca debe haber llegado a la misma conclusión, puesto que nos lo ha enviado de vuelta. Sin duda este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte. Si aún siguen pensando que necesita ser castigado, estoy dispuesto a darle un escarmiento antes de ponerlo en libertad”.

Los acusadores comenzaron a externar su inconformidad, pero en ese momento una muchedumbre se acercó hasta el pretorio para pedirle a Pilatos que, como era costumbre, soltara a un preso en honor de la fiesta de Pascua. Consciente de la popularidad que Jesús tenía entre las masas, Pilatos creyó ver en la solicitud de la muchedumbre una oportunidad excepcional para liberar a Jesús como prueba de su buena voluntad hacia la celebración de la Pascua. De pronto un tremor de voces comenzó a

imponer el nombre de un tal Barrabás. Se trataba de un delincuente peligroso que había sido capturado tras cometer un robo con asesinato en el camino de Jericó. En consecuencia se le había decretado la condena a muerte y su ejecución estaba programada para el día siguiente a la finalización de las fiestas.

Pilatos se levantó y, abriendo con solemnidad los brazos, pidió silencio para explicarle a la multitud las razones que exhibían los líderes religiosos para condenar a muerte a Jesucristo, aunque él creía que era inocente. Y al cabo preguntó con voz enfática: “¿A quién prefieren entonces que les suelte, a ese Barrabás, el asesino, o a este Jesús de Galilea?” Antes de que ninguna voz entre la muchedumbre señalara una preferencia, los jefes religiosos comenzaron a vociferar: “¡Barrabás, Barrabás!” Y, como siempre ha sucedido a lo largo de la historia, la masa que apenas unos días atrás había proclamado a Jesús como rey, al verlo ahora silencioso y humillado comenzó a hacer eco a la petición de los dirigentes.

Frente a la actitud inicuica y manipuladora de los sanedristas, Pilatos enrojeció de indignación y profirió: “¿Cómo pueden escoger la vida de un asesino, en lugar de preferir la de este hombre cuyo peor crimen consiste en hacerse llamar en sentido figurado el rey de los judíos?” Fue, sin duda, la peor torpeza decirle a la masa enardecida y a los fanáticos líderes religiosos que aquel hombre entristecido y cabizbajo, que permanecía de pie como una estatua de arcilla a punto de desmoronarse, pudiera ser considerado como el rey de los judíos. Los gritos pidiendo la liberación de Barrabás y la muerte de Jesús se elevaron en un clamor de odio. Un mensajero se acercó a prisa al gobernador y le entregó una nota de su mujer Claudia Prócula, donde le pedía que no tuviera nada que ver con la condena de ese hombre justo e inocente a quien llamaban Jesús, pues esa noche había tenido un sueño muy vívido y sufriente a causa de él. En realidad, la esposa de Pilatos había sido iniciada en las enseñanzas de Jesús por su sirvienta de mayor confianza, y estaba convencida de que

Jesús era un profeta. La nota predispuso aún más a Pilatos en contra de los judíos; pero mientras él la leía y reflexionaba, los dirigentes religiosos habían sembrado entre la muchedumbre la consigna inapelable de que Jesús debía ser crucificado.

Desconcertado, Pilatos volvió a acallar el griterío para preguntar: “¿Qué he de hacer con el que llaman el rey de los judíos?” Y la respuesta retumbó ensordecedora: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Viéndose rebasado por el clamor multitudinario, Pilatos quiso todavía apelar a una excusa legal: “¿Por qué quieren crucificar a este hombre? ¿Qué mal ha hecho? ¿Quién quiere adelantarse para testificar contra él? De nuevo la respuesta fue avasalladora: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Al borde de la derrota, Pilatos alzó los brazos para detener el griterío: “Les pregunto una vez más, ¿cuál de estos presos debo soltar en estas fiestas de su Pascua?” La muchedumbre no titubeó: “¡Danos a Barrabás!” A lo que Pilatos replicó: “Si suelto a Barrabás, el asesino, ¿qué he de hacer con Jesús?” “¡Crucifícalo, crucifícalo!”, gritó la turba desbordada.

Rebasado por la marea de odio y fanatismo, Pilatos pretendió encontrar una salida en un montaje escénico que constituía una flagrante trasgresión contra la ley romana. Ordenó a los guardias que llevaran a Jesús y lo azotaran. La ley romana estipulaba que únicamente los condenados a morir por crucifixión fueran flagelados. Con esta acción ilegal Pilatos esperaba concitar compasión entre la plebe enardecida, pero lo que logró fue justo lo contrario: dejó expedito el camino para que Jesús fuera crucificado.

Una vez que los azotadores se hubieron ensañado con Jesús, le pusieron de nuevo el manto púrpura y le colocaron una corona de espinas, al tiempo que le escupían y se burlaban de él diciendo: “¡Salud, rey de los judíos!” Pilatos condujo al reo sangrante frente a la multitud y dijo: “¡He aquí al hombre! Les declaro de nuevo que no encuentro ningún delito en él y, después de haberlo azotado, quisiera liberarlo”. Tras la primera

impresión producida por el estado lastimoso de Jesús, la masa volvió a rugir: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!” Y Pilatos comprendió que ya nada podía detener a esa jauría desatada. Se adelantó y dijo: “Percibo que están decididos a que este hombre muera, ¿pero qué ha hecho para merecer la muerte? ¿Quién quiere declarar su crimen?”

Caifás en persona subió hasta donde estaba Pilatos y elevó la voz irritado: “Tenemos una ley sagrada, y según esa ley este hombre debe morir porque se ha llamado a sí mismo Hijo de Dios”. Pilatos, como todo escéptico, era extremadamente supersticioso, y en cuanto oyó las palabras de Caifás fijó su vista en Jesús y recordó la referencia a los sueños terribles de su mujer Claudia Prócula. Hizo señas para apaciguar a las fieras que seguían reclamando sangre, y se llevó a Jesús hacia el interior del edificio. Ya adentro, y visiblemente estremecido por las emociones, Pilatos volvió a interrogar a Jesús: “¿De dónde vienes? ¿Quién eres realmente? ¿Qué es eso que dices de que eres el Hijo de Dios?” Jesús fijó a Pilatos con su mirada sanguiinolenta, pero no le contestó. Sintiendo despreciado, Pilatos se enardeció: “¿Te niegas a hablarme? ¿No te das cuenta de que aún tengo el poder de liberarte o de crucificarte? Jesús depositó su mirada compasiva sobre Pilatos y le dijo: “No podrías tener ningún poder sobre mí si no fuera consentido desde arriba. No podrías ejercer ninguna autoridad sobre el Hijo del Hombre al menos que lo permita el Padre que está en los cielos. Pero no eres tan culpable puesto que ignoras el evangelio. El que me ha traicionado y los que me han entregado a ti son los que tienen el mayor pecado”.

Profundamente atribulado, Pilatos reapareció ante la multitud diciendo: “Estoy seguro de que este hombre sólo es un delincuente religioso. Deberían juzgarlo según su ley. ¿Por qué esperan que yo acceda a que muera porque se ha opuesto a sus tradiciones?” En la mente de Pilatos estaba ya acordada la orden para soltar a Jesús, pero entonces Caifás se le acercó beligerante

y, blandiendo el índice vengativo frente a su cara, le dijo en tono alto y amenazante: "Si sueltas a este hombre, no eres amigo del César, y procuraré que el emperador se entere de todo".

Esta amenaza fue la puntilla para la cobardía de Pilatos. Mandó traer a Jesús, y cuando lo tuvo en frente dijo en tono burlón: "Aquí está su rey". Y la turba vociferó: "¡Acaba con él! ¡Crucifícalo!" Escudado en el sarcasmo, Pilatos insistió: "¿Voy a crucificar a su rey?" Un rotundo "¡Sí, crucifícalo!" hizo vibrar las paredes del palacio.

Ejemplo de la cobardía y el egoísmo en los que no debe incurrir ningún juez, Pilatos previó el disturbio, con la consecuente reprimenda del emperador, que conllevaría dejar libre a Jesús y ordenó que soltasen a Barrabás. Luego pidió una palangana con agua y allí mismo, delante de la multitud que celebraba la liberación de Barrabás, se lavó las manos al tiempo que decía: "Soy inocente de la sangre de este hombre. Están decididos a que muera, pero no he encontrado ninguna culpa en él. Allá ustedes, los soldados se lo llevarán". Por unos instantes sólo se oyó el vendaval de aplausos; y una vez que hubo amainado, la voz de un dirigente retumbó como el último trueno cargado de presagios: "Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

VIII. A MANERA DE CONCLUSIÓN: VIGENCIA DEL JUICIO ORAL

Detrás del brutal sufrimiento de la crucifixión de Jesucristo está el peor juicio oral de la historia. Jesús de Nazaret fue arrestado sin acusación, acusado sin pruebas, juzgado sin testigos, castigado sin veredicto y condenado a muerte por un juez injusto que lo sabía inocente por no haber podido encontrar ningún delito que castigar. Añádanse a esta serie de anomalías jurídicas los agravantes de ser procesado de noche y en el palacio de Caifás (en lugar del recinto del Sanedrín en el templo).

La acusación final por sedición fue un recurso falso y doloso al que tuvo que recurrir el gobernador romano para consumar la crucifixión. El derecho hebreo no contemplaba bajo ningún rubro la pena de morir en la cruz. Para los delitos más graves estaba prescrita la muerte por lapidación, hoguera o degollación. En el derecho romano sí se contemplaba la crucifixión, pero sólo para los delitos de sedición, piratería o rebelión que cometieran los esclavos o los habitantes de los pueblos oprimidos, y jamás se aplicaba a los ciudadanos romanos. Tanto los griegos como los romanos habían tomado este método de ejecución de los fenicios, que lo practicaban a menudo con los piratas.

De los implicados en el crimen infame que se cometió contra Jesús, ninguno salió indemne. Judas Iscariote, después de ser despreciado por los miembros del Sanedrín, vagó atormentado por las calles de Jerusalén hasta que en el valle de Hinom encontró un árbol apropiado y se ahorcó con su propio cinturón. Poncio Pilatos fue destituido de su cargo a la muerte de Tiberio y, atribulado por la injusticia que había cometido con Jesús, terminó suicidándose en la provincia de Lausana. Por último, y en cumplimiento estricto de lo que el Hijo del Hombre había profetizado sobre la destrucción de Jerusalén, cuarenta años después de que Jesús fuera crucificado todo el Gólgota se cubrió con decenas de miles de cruces donde murieron los hijos de aquella turba fanática que había gritado con ciega soberbia: “Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos la sangre de este hombre”.

Por lo hasta aquí expuesto es claro que el juicio oral de Jesucristo es el ejemplo más consumado de lo que no debe ser un verdadero juicio oral. En el extremo opuesto la referencia más socorrida es el juicio oral de las dos madres que reclaman el derecho de la criatura ante Salomón, donde el rey-juez oye el alegato de las partes implicadas y, con imparcialidad y rectitud, toma la decisión más sabia.

Si bien es cierto que el paso del primitivo juicio oral al juicio escrito costó siglos de revueltas y miles de vidas, no lo es menos que, ante la carencia de una verdadera ética en el desempeño de la jurisprudencia escrita, la astucia y el dinero han convertido al juicio escrito en un pantano de corrupción donde el pobre y el ignorante no tienen la menor opción a un proceso equitativo y justo. En las Facultades de derecho los futuros abogados no aprenden a ser litigantes íntegros y sinceros, sino a recurrir a las artimañas y astucias legaloides que les permitan ganar los casos. Una mínima omisión o un concepto mal expuesto son suficientes para que un inocente sea condenado o un culpable quede libre. El derecho escrito se ha convertido así en un reducto de inmoralidad donde la justicia ha sido vergonzosamente desplazada por la legalidad.

En una sociedad donde el poder económico-político está por encima de las leyes, el derecho procesal escrito no pasa de ser una farsa. Sin el dinero necesario para pagar un abogado astuto e influyente, el acusado queda excluido de la posibilidad de un juicio justo e imparcial. Y súmesele a esta perversión de origen el hecho de que en el sistema procesal escrito, el acusado es reo de prisión preventiva bajo la presunción de culpabilidad, antes de celebrarse el juicio.

Al igual que sucede con los órganos de representación democrática, el descrédito del aparato judicial ha llegado a unos niveles que ponen en franco peligro la convivencia social. La perversión de los partidos políticos es inseparable de la perversión del poder legislativo y del poder judicial. Urge un federalismo integral que respete el principio de las plenas autonomías: autonomía de los municipios, de los estados, los congresos y, sobre todo, autonomía del poder judicial. En este sentido es innegable que la reimplantación del juicio oral (sistema acusatorio adversarial) es un paso adelante a favor de los ciudadanos más desprotegidos y de la primacía de la justicia sobre la legalidad. La urgencia del juicio oral es el clamor de una sociedad que está harta de leguleyos oportunistas y mendaces, y de jueces y ministerios públicos que doblan la cerviz ante los poderosos, y pisotean con soberbia a los más pobres. Se me querrá objetar que los nuevos juicios orales están sujetos a la misma posibilidad de injusticia que se cometió contra Jesús; pero además del énfasis con que aquí se demostró que el juicio oral de Jesús trasgredió todos los principios de lo que debe ser un verdadero juicio oral, en el nuevo sistema acusatorio adversarial se parte de la presunción de inocencia del acusado, lo que cambia radicalmente el sistema y el método procesal.



En un resumen acorde a la intención conclusiva de este capítulo, podríamos dividir el nuevo juicio oral en dos determinaciones fundamentales: la sistemática y la metódica. La estructura del sistema acusatorio adversarial consta de tres etapas esenciales: 1) la etapa preliminar o de investigación; 2) la etapa intermedia o de preparación del juicio oral; y 3) la etapa del juicio oral.

En la primera etapa el ministerio público recibe la denuncia o la querrela, y en base a la misma inicia la búsqueda de pruebas que corroboren la acusación. Es importante señalar que en esta etapa el imputado tiene derecho a intervenir directamente en la investigación y designar un defensor que lo asesore. Una vez que el ministerio público cierre su investigación, deberá optar dentro de un plazo de diez días por las siguientes situaciones: a) formular acusación; b) pedir el sobreseimiento de la causa; c) pedir la conciliación como salida alterna para concluir el proceso; d) pedir la suspensión del proceso a prueba (que es otra salida alterna); e) aplicar (si procede) un criterio de oportunidad; y f) pedir el procedimiento abreviado (que es un modo simplificado de terminar el proceso).

En la segunda etapa o intermedia, el ministerio público redacta su acusación por escrito y se la muestra al acusado para que exprese su acuerdo o la corrija. Después se la presenta al juez, y éste les da opción al acusado y a su defensor para que contesten los cargos imputados. Luego el juez fija la fecha para la audiencia intermedia, donde se debate sobre la admisión o rechazo de las pruebas presentadas por ambas partes. Durante esta etapa las partes pueden promover todavía la conciliación o llegar a un acuerdo consensado; pero una vez que el juez de garantías que dirige esta etapa intermedia dicta el acuerdo de apertura a juicio, ya no habrá posibilidad de resolver el proceso por conciliación o arreglo entre los implicados y tendrá que pasar necesariamente a la etapa del juicio oral.

En la tercera etapa, llamada también de debate, es donde se realiza prácticamente el juicio oral. A diferencia de la etapa

intermedia donde actuaba un solo juez, llamado de garantías, en ésta actúan tres jueces que constituyen el tribunal colegiado: uno de ellos es el presidente del tribunal, que es el que dirige y modera el debate; los otros dos fungen como asistentes. En esta fase conclusiva el ministerio público expone la acusación y las pruebas (alegato de apertura), y al contenido de ese alegato se le denomina teoría del caso. Ya que el ministerio público ha expuesto su teoría del caso, el juez le cede la palabra al acusado o a su defensor para que a su vez exponga su versión de los hechos. Enseguida, de acuerdo a su estrategia de litigación, el ministerio público presenta a sus testigos y peritos, que una vez expuesta su versión de los hechos, pueden ser contrainterrogados por parte del acusado. El eje rector de este interrogatorio es el principio de contradicción. Una vez presentadas las pruebas del ministerio público, hace lo propio la defensa, y el ministerio público también tiene derecho a contrainterrogar. Después de haber presentado ambas partes todas sus pruebas, el juez principal le pide al ministerio público que exponga sus alegatos de clausura, donde debe quedar clara la responsabilidad del imputado más allá de toda duda razonable. Del mismo modo se procede con la parte acusada, para que demuestre que es inocente de los hechos contenidos en la acusación. Con esto queda cerrado el debate y los jueces pasan a deliberar por un plazo máximo de veinticuatro horas; si en ese plazo no se dicta sentencia, el juicio se considerará nulo. La sentencia del tribunal debe pronunciarse oralmente, debidamente fundada y motivada, y con expresiones claras y sencillas para que el público menos preparado pueda entenderlas sin dificultad. Si el acusado es declarado inocente, queda exonerado de todo castigo; pero si es hallado culpable, se determina la fecha de una audiencia para debatir la pena a imponer y su monto. El día y hora acordados, el tribunal se constituye para dar lectura a la sentencia, con lo que concluye el juicio.

En lo que concierne a la determinación metódica, el sistema acusatorio adversarial establece los siguientes pasos o directrices:

Inmediación. No hay ningún intermediario entre el juez y las partes implicadas, lo que obliga a las partes a estar constantemente presentes en el juicio (salvo en casos de excepción en que el imputado no puede comparecer o es representado por un defensor).

Publicidad. El juicio se celebra públicamente, en presencia de las personas que quieran asistir (aunque se contemplan ciertos casos excepcionales en que, por seguridad, el juicio deberá hacerse a puerta cerrada).

Contradicción. Cada parte tiene derecho a refutar las pruebas de la parte contraria en el momento de desahogo de pruebas frente al juez y al público.

Concentración. Todas las diligencias deben practicarse en un solo acto, en una sola audiencia.

Continuidad. En caso de que no sea posible celebrar todas las diligencias en una sola audiencia, deberá dársele continuidad al proceso de acuerdo a los plazos especificados en el código.

Oralidad. Es el requisito central del juicio y que posibilita los restantes.

Imparcialidad. El juez que dirige las etapas preliminar e intermedia no puede dirigir la etapa final o del juicio, que corresponde a los tres jueces del tribunal colegiado.

Presunción de inocencia. En el sistema procesal escrito se presume la intención delictuosa del acusado, quien desde su condición de reo en prisión preventiva debe probar su inocencia. En el juicio oral la presunción de inocencia permite al acusado seguir libre durante todo el proceso y hasta que se dicte la sentencia.

Basta una lectura somera de la estructuración sistemática y metódica del nuevo juicio oral (proceso acusatorio adversarial) para comprobar que en cuestión de justicia, equidad, tiempo, economía de medios y de lo que los romanos entendían por *humanitas*, el juicio oral representa un gran paso adelante

en relación al juicio escrito. Es innegable que en el sistema y el método esbozados puede haber opción a malinterpretaciones y riesgos (pienso, por ejemplo, en el hecho de que, como sucedió con el juicio de Jesucristo, una turba enardecida entre en la sala judicial gritando consignas a favor o en contra del acusado); no obstante, no nos puede quedar la menor duda de que con la implementación del juicio oral el ciudadano común y corriente tendrá una oportunidad excepcional para acceder a la justicia y dejar para siempre atrás a los coyotes y zopilotes que, al amparo de la legalidad, han parasitado hasta hoy de la astucia y la corrupción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Paideia, Werner Jaeger.

En los oscuros lugares del saber, Peter Kingsley.

Mito y epopeya, Georges Dumézil.

Diccionario de mitología griega y romana, Pierre Grimal.

Estoicos y escépticos, Edwin Bevan.

En torno a la gnosis, Henri-Charles Puech.

Los judíos en el Imperio romano, Jean Juster.

Las religiones orientales en el paganismo romano, Fr. Cumont.

Antigüedades judías, Flavio Josefo.

La historia de los judíos, Paul Johnson.

La sociedad romana, L. Friedländer.

La ciudad antigua, Fustel de Coulanges.

Historia de Roma, Theodor Mommsen.

Historia del derecho romano y de los derechos neorromanistas,

Beatriz Bernal y José de Jesús Ledesma.

Quién escribió la Biblia, Richard Elliot Friedman.

Antiguo testamento.

Nuevo testamento.

El libro de Urantia.

Vida de Jesús, Ernest Renan.

Jesucristo, Ferdinand Pratt.

El proceso de Cristo, Ignacio Burgoa Orihuela.

EL JUICIO ORAL MÁS
INJUSTO DE LA
HISTORIA

ISBN: EN TRÁMITE

Se terminó de imprimir y encuadernar
el de diciembre de ,
en los talleres de:

© 2015, Leonardo da Jandra
© 2015, La lámpara de Diógenes

Portada: *Saduceo*, Raga Garcíarteaga

Para su composición tipográfica se emplearon las familias Garamond y Palatino. El diseño es de Daniel Hernández. La impresión de los interiores se realizó sobre papel cultural de 90g.